4363

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA

LOS ESTACIONARIOS

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

ARREGLO Á NUESTRA ESCENA DE

LES GANACHES

DE

VICTORIANO SARDOU

POR

LUIS VALDÉS

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.º IZQUIERDA

1890

16

A D. Antonio Fermoza,
su afmo amigo
Luis Valdés

LOS ESTACIONARIOS

OBRAS DRAMÁTICAS

TRADUCIDAS, ARREGLOS Y REFUNDICIONES POR DON LUIS VALDÉS

DEMI-MONDE, comedia en cinco actos (2.ª *edición.*)
EL AMIGO FRITZ, comedia en tres actos.
AMALIO CRINOLINA, comedia en un acto.
QUINCE DIAS EN ITALIA, comedia en tres actos,
LA DONACION DEL COLONO, *(Mademoiselle de la Seigliere)*, comedia en tres actos.
HUYENDO DE LA POLICÍA, comedia en un acto.
LA DAMA DE LAS CAMELIAS, comedia en cinco actos.
EL DIPUTADO POR BOMBIGNAC, comedia en tres actos.
MENTIR CON PROVECHO, comedia en un acto.
EN CINCO MINUTOS, (En colaboración con A. Gallardo.) comedia en un acto.
EL DOCTOR VENTURA, comedia en un acto.
LOS BURGUESES DE PONTARCY, comedia en cinco actos.
LOS ESTACIONARIOS, comedia en cuatro actos.
LAS BODAS DE FÍGARO, comedia en cinco actos.
FABIÁN Ó EL DOCTOR NEGRO, melodrama en siete actos.
EL CURA DE LONGUEVAL, comedia en tres actos.

LOS ESTACIONARIOS

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

ARREGLO A NUESTRA ESCENA DE

LES GANACHES

DE

VICTORIANO SARDOU

POR

LUIS VALDÉS

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el 18 de Octubre de 1890.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL.

1890

PERSONAJES	ACTORES
MARGARITA (20 años).....	SRTA. RUÍZ.
ROSALÍA (60 años).....	SRA. GUERRA.
EL MARQUÉS (60 ídem).....	SR. G. ORTEGA (L)
DON JACOBO, médico (60 ídem).....	» MARIO.
NICOMEDES, tendero retirado (sesenta ídem).....	» ROSELL.
MANUEL, ingeniero civil (30 ídem)..	» G. ORTEGA (F)
ANICETO, hijo de don Nicomedes (25 ídem).....	» MENDIGUCHÍA.
EL DUQUE, padre del Marqués (noventa ídem).....	» MONTENEGRO.
DON REMIGIO, notario (30 ídem)....	» FORNOZA.
INDALECIO, criado del Marqués (sesenta ídem).....	» MARTÍNEZ.

La acción pasa en un pueblo de España, y en la época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

Sala baja de un caserón ó casa solariega de pueblo. Puerta al foro que es la principal; otras dos á la izquierda que comunican con las habitaciones interiores; á la derecha, en primer término, una chimenea grande encendida, y en segundo término otra puerta que baja al jardín, la mitad superior de la cual, cubierta de cristales, con su postigo, sirve de ventana. En la pared, encima de la chimenea y entre las dos puertas laterales, retratos de personajes vestidos á la usanza del siglo XVIII; á uno y otro lado de las puertas del foro, mesas doradas y talladas; sobre la cornisa de la chimenea un reloj parado, y delante de la chimenea un velador con periódicos, y al lado opuesto una mesa de juego; sobre ella dos candelabros y una caja de tresillo; sillones en lugar de butacas, debiende ser todos los muebles anticuados, pero buenos.

ESCENA PRIMERA

INDALECIO; en seguida DON REMIGIO y DON MANUEL

Indalecio aparece sacando de la caja de tresillo las barajas, platillos y cestillas con fichas, que coloca sobre la mesa de juejo. Don Remigio entra por la puerta del foro seguido de don Manuel.

IND. Ya está todo colocado; en el sitio del señor Marqués, las fichas blancas; en el del señor Duque, su padre,

677390

las amarillas, que no servirán; en el del médico, las encarnaditas, y en el de don Nicomedes, las verdes. (Examinando las cestillas.) Creo no haber confundido unas con otras.

REM. (Desde la puerta.) ¿Está en casa el señor Marqués?

IND. ¿Dónde había de estar después de anochecido? Lo que usted desea averiguar es si el señor Marqués recibe á estas horas, y si tiene usted la bondad de decirme su nombre pasaré recado.

REM. Aunque hace poco tiempo que soy notario del pueblo y apoderado del señor Marqués, extraño que no me haya usted reconocido.

IND. ¡Ah!... Perdone usted, don Remigio, veo poco... los años... (Aproximándose.) Y no viene usted solo... ¿Á quién más anuncio?

REM. Este caballero es un amigo mío recién llegado al pueblo, que desea hablar con el señor Marqués; pero su amo de usted no le conoce.

IND. Los señores están cenando y tendrán ustedes que aguardar un poco.

REM. Aguardaremos.

IND. Pues con el permiso de ustedes. (Vase.)

ESCENA II

DON REMIGIO, DON MANUEL y después INDALECIO

MAN. ¡Qué criado tan ceremonioso!

REM. Era un mozalvete cuando entró al servicio de estos señores y le enseñaron á tener cortesía.

MAN. Si hace tanto tiempo que vive aquí, yo he debido conocerle.

REM. ¿Tú?

MAN. Acabo de encontrarte en la calle, casi á la puerta de esta casa, y no he tenido tiempo para recordarte que nací en este lugar.

REM. ¡Bien orgulloso debe estar el villorrio de tener un hijo lan ilustre! ¿Quién había de imaginarse cuando vivíamos juntos en aquella casa de huéspedes de Madrid, tú estudiando matemáticas y yo preparándome para la carrera del Notariado, que te había de encontrar hecho un ingeniero jefe al servicio de una importante Compañía de ferrocarriles? Verdad es que en la escuela ocupabas el primer lugar, distinguiéndote por tu aplicación y talento.

MAN. Déjate de alabanzas y óyeme. Mi abuelo fué administrador del Duque y mi padre le sucedió en el cargo; pero sus opiniones políticas le indispusieron con el Marqués, y dejó de servir y tratar á esta familia. Yo era entonces casi un niño; poco después fuí á la Corte, y desde que mis padres murieron no he vuelto á mi país. Hoy me trae un asunto de mi profesión y tengo que partir esta noche para otros pueblos inmediatos.

IND. (Entrando.) El señor Marqués y el señor Duque vendrán á esta sala cuando acaben de cenar.

MAN. ¿Sabe usted si tardarán mucho en concluir?

IND. Sí señor; porque suelen comer bien y despacito. Con permiso de ustedes (Vase.)

MAN. ¿Vive el Duque todavía? ¡Debe tener cerca de noventa años!

REM. Sí los tiene. Los aires y la tranquilidad que aquí disfruta han prolongado su existencia, conservando su salud.

MAN. Aquí se conserva todo. Lo primero que hice al bajarme del coche, fué dar una vuelta por la población con el temor de no encontrar ni un solo recuerdo de mi niñéz; pero apenas anduve algunos pasos, observé que nada ha cambiado. Las mismas calles estrechas, tortuosas, desempedradas, y sin un farol que las alumbre; en el centro de ellas un arroyo nauseabundo, formado por el alpechín de los molinos de aceite y el desagüe de las casas; los cerdos interceptando el paso: el pozo de la plaza, seco y sin brocal; la taberna iluminada con un candilón de hierro, y llena de vagos

que bebían y jugaban al mus; hasta el barranco que hay delante de la Iglesia, sigue teniendo el mismo puente, formado con dos troncos, cubiertos de ramas y tierra. Este último espectáculo sublevó mis instintos de ingeniero, y maldije la incuria de mis paisanos; ¡pero la verdad es que aquellos recuerdos de la infancia alegraron mi corazón!

REM. Pues si estuviste alguna vez en esta casa, verás que todo en ella sigue inalterable, salvo los deterioros producidos por el tiempo, y que se han aumentado los inquilinos. Observa los muebles; mira ese reloj, parado desde hace medio siglo.

MAN. ¡Qué rareza! ¿Se casó el Marqués?

REM. No.

MAN. ¿Vive solo con su padre?

REM. Los dos habitan esta parte de la casa, queda al jardín, y la huerta. Del resto hicieron dos cuartos independientes: uno lo ocupa el médico don Jacobo, y el otro don Nicomedes y su hijo Aniceto. Además tiene recojida el Marqués en el piso alto, á doña Rosalía, prima lejana suya y solterona.

MAN. Apenas recuerdo al Marqués, y no le he hablado en mi vida.

REM. Pues ya que vienes á tratar con él, aunque sólo sea para entretener el tiempo, mientras acaban de cenar, voy á darte breves noticias de su persona.

MAN. Ya te escucho.

REM. Hace cuarenta años era el Marqués oficial del ejército, valiente, muy realista, buen mozo, favorecido de las damas, y tan aferrado á sus ideas, que no queriendo transigir con los Gobiernos avanzados, pidió su retiro y se arrinconó en este pueblo. Es un cumplido caballero, virtuoso y no escaso de inteligencia, prendas que pocos tienen ocasión de apreciar, pudiendo comparársele á ese reloj, provisto de una máquina excelente, pero que no anda por falta de cuerda.

MAN. Triste vida debe pasar en este destierro.

REM. Lee algunos libros viejos de literatura ó de milicia, ninguno moderno; y por las noches juega al tresillo con los vecinos.

MAN. Los vecinos profesarán sus ideas políticas.

REM. Nada de eso. El médico don Jacobo, es un republicano intransigente, que estuvo varias veces en las barricadas haciendo fuego y curando á los heridos. En filosofía pertenece á la escuela materialista, y por el triunfo de sus ideas vería impasible el exterminio de todos los que no piensan como él; pero tiene un corazón de oro.

MAN. ¿Cómo es que le reciben en esta casa?

REM. El Marqués y don Jacobo, fueron muy amigos en la juventud; la política los enemistó; andando el tiempo tuvo el Marqués una grave enfermedad; los médicos traídos de Madrid y de otros puntos le desahuciaron: don Jacobo vino voluntariamente á última hora, sin que nadie le llamase, y salvó la vida al Marqués. Desde entonces el desvío se convirtió en el más cariñoso afecto.

MAN. Era natural que así sucediese.

REM. Don Nicomedes se crió en este pueblo: no tenía oficio ni beneficio, y se fué á Madrid, donde entró de dependiente en una tienda de ultramarinos. Al principio barrió el almacén, después despachaba velas de sebo y otros comestibles, como decía la muestra; y habiéndose inutilizado su principal, tuvo que ponerse al frente del establecimiento. Hizo algunos ahorros, se vino al pueblo; da dinero á réditos, y comprando bienes nacionales, ha logrado enriquecerse.

MAN. Ahora será conservador.

REM. Ahora, como siempre, censura todo lo que hace el partido que está en el poder, y repite á cada paso: «esto no marcha,» recuerda con entusiasmo la época de los pronunciamientos, y se asusta al imaginar que pueden volver, porque ya está rico. Su hijo Aniceto es un bruto, holgazán y vicioso.

MAN. El que nace rico no suele ser trabajador.

REM. Para completar esta galería de retratos, te diré que doña Rosalía es una solterana hipócrita, enredadora y maldiciente. Ha fundado una sociedad de señoras, cuyo fin es componer matrimonios desunidos, lo cual sirve de pretexto para entrometerse en las vidas agenas y visitar comadres.

MAN. Me admira que el Marqués sostenga relaciones con tales personas.

REM. Antes no admitía otros tertulianos que el párroco, confesor del Duque, y el médico don Jacobo; pero éste, una noche trató de demostrar que no había Dios, y el señor cura se disgustó mucho y se marchó para no volver más. Deshízose la partida de tresillo, pues el Duque, aunque se empeña en jugar, se pasa la noche durmiendo, y fue necesario recurrir á don Nicomedes.

MAN. (Mirando su reloj.) ¡Las nueve! No he cenado todavía y quiero alcanzar la tartana que pasa por la carretera á eso de las once. Me voy. Hazme el favor de encargar al criado que entregue esta tarjeta mía al señor Marqués. (Deja la tarjeta sobre la chimenea.)

REM. Espérate un poco.

MAN. Si me entretengo más, necesitaré espolear mucho al caballo, y ni éste ni el camino de herradura están para hacer habilidades sin peligro de estrellarse. Vente á cenar conmigo y te prometo que no tardaremos tanto como estos señores

REM. (Sonriéndose.) ¡Gracias! ¡no puedo acompañarte! Es imprescindible que yo hable al Marqués en favor de una joven muy desgraciada, que tal vez llegará esta noche al pueblo. Se trata de la única heredera de los títulos y bienes de estos señores; es un angel, y espero que el Marqués no la abandonará.

MAN. ¡Que logres tu deseo, y adiós! Pronto volveré por aquí.

REM. Hasta la vuelta. (Se estrechan las manos y vase don Manuel.)

ESCENA III

DON REMIGIO; á poco ANICETO é INDALECIO

Don Remigio coge un periódico y se sienta á leer cerca de la mesa de tresillo. Aniceto aparece en el foro fumando un cigarrillo de papel y seguido de Indalecio.

REM. ¡Qué joven tan excelente es Manuel, y cuánto celebro haberle visto! (Aniceto hablando desde la puerta con Indalecio.)

ANIC. ¡Bien, hombre, bien: déjeme usted acabar esta colilla, que es lo más agradable del cigarro!

IND. Aquí dentro, no. (Aniceto apaga el cigarro y lo coloca en la oreja.)

ANIC. ¡Ya está apagado! ¿Quiere usted otra cosa?

IND. Sólo quiero cumplir con mi deber. (Vase Indalecio. Aniceto entra sin reparar en don Remigio, y se sienta al lado de la chimenea.)

REM. (¡Ah! Es el bárbaro de Aniceto.)

ANIC. ¡Caramba con las gentes de esta casa! Como no fuman, á nadie permiten fumar. ¡Qué brutos!

REM. (¡Viva la buena educación!) (Hace ruído con el periódico.)

ANIC. Oye, papá... ¡papá!...

REM. (¡Dios me libre de tener un hijo como tú!) ¡Su padre de usted no está aquí!

ANIC. ¡Toma, pues si es don Remigio! ¿Le ofende á usted que le haya confundido con mi padre?

REM. ¿Por qué ha de ofenderme?

ANIC. Como mi padre es viejo...

REM. La vejéz no deshonra á nadie.

ANIC. No deshonra, pero entontece... Todos los viejos son gruñones, ridículos, insufribles...

REM. ¿Qué tal le va á usted desde que salió de mi casa? (Aniceto se levanta y se aproxima.)

ANIC. ¡Muy ricamente! Vea usted lo que es mi padre; se em

peñó en que había de trabajar con usted. ¡Bonita carrera la de pasante de escribano!

REM. ¿Piensa usted seguir otra mejor?

ANIC. Ninguna. Los ricos no necesitan estudiar ni quebrarse los cascos. Por eso dí á ustedes el quiebro.

REM. (¡Animal!)

ANIC. Lo que yo deseo es ir á Madrid, con muche guita por supuesto; pero mi padre es como las piñas, que no sueltan hasta que las chamuscan.

REM. ¿Para qué desea usted ir á la Corte?

ANIC. Para escribir en los periódicos y darme á conocer. (Se oye toser dentro.) ¡Ahí viene mi padre!

ESCENA IV

DICHOS y DON NICOMEDES

NICOM. (Entra tosiendo sin reparar en nadie y se sienta á la chimenea.) ¡Vaya un frío! ¡Está helando!

REM. ¡Buenas noches, don Nicomedes!

NICOM. Yo se las deseo á usted mejores que ésta. ¡Hace un frío de todos los demonios!

REM. Es natural. ¡Estamos en Enero!

NICOM. ¡Qué ha de ser natural! Tengo muchos años y no recuerdo haber conocido otro invierno tan crudo; y eso que el anterior fué bastante desapacible. ¡Vamos de peor en peor! Lo mismo sucede con los Gobiernos y con todo. Sólo tengo un hijo, que es malo de veras; pero si hubiera tenido otro, el segundo sería mucho más detestable,

ANIC. ¡Ya salió el hijo á relucir!

NICOM. ¿Estabas ahí, perillán? ¿Dónde has comido hoy?

ANIC. En el café: me convidaron unos amigos.

NICOM. Amigos de taberna; porque en eso que tú llamas café, sólo venden vino, aguardiente, chorizos y bacalao frito.

ANIC. ¿Qué sabe usted?

NICOM. Anoche tampoco dormiste en casa.

ANIC. Estuvimos de ronda.

NICOM. Así andas tú, desmirriado y macilento. ¿Cuándo llegará el día que te enmiendes?

ANIC. (¡Como siga sermoneando me voy á la calle!) (Se sienta á la mesa del tresillo, coge una baraja y tira un albur.)

NICOM. ¡Qué juventud, don Remigio!... ¡En mis tiempos, los hijos ni comían ni dormían fuera de casa sin permiso de los padres!

REM. Desengáñese usted, don Nicomedes: en todo tiempo hubo cosas buenas y malas. Por lo común, la conducta de los jóvenes depende de la educación que se les da.

NICOM. ¡La educación! ¡La educación! ¿Cree usted que no hice cuanto estuvo de mi parte para que el bribón fuese hombre de provecho? ¡Pero nada. . y como no lo desuelle vivo!...

ANIC. (Pongo dos pesetas á la sota.) (Jugando solo.)

NICOM. ¡Mala suerte le espera el día que yo le falte!

REM. Vivirá de sus rentas. ¡Usted es rico!...

NICOM. Ya no hay nadie rico en España. Las contribuciones se aumentan de día en día, la tierra se esteriliza por momentos, los frutos degeneran... ¿Creerá usted que el año pasado sembré remolachas y me salieron zanahorias?

REM. ¡Hombre!

ANIC. (¡Perdi! ¡Maldita sota! ¡No sé por qué le tengo afición!)

ESCENA V

DICHOS y DON JACOBO, entrando.

JACOBO. ¡Salud y fraternidad!

REM. ¡Buenas noches! (Don Jacobo se aproxima á Aniceto.)

JACOBO. ¡Hola! ¿Estás estudiando la lección?

ANIC. Ya me ve usted.

JACOBO. Sí, ya te veo con esa cara de tísico, ¡y no te doy tres años de vida!

ANIC. ¡Mejor! (Recoge las cartas y se retira al foro.)

NICOM. Don Jacobo, ¿habla usted de veras?

JACOBO. Juzgo por las apariencias.

NICOM. Aniceto trasnocha; tiene pocas chichas y está decaído; pero goza de buena salud.

JACOBO. ¡Más vale así!

NICOM. Esta generación no se parece á la nuestra. Cuando yo era miliciano nacional, hacía guardias, formaba en las procesiones, iba al ejercicio á la dehesa de los Carabancheles, ¡y como si tal cosa!

ANIC. Me largo.

NICOM. ¿Te vuelves á la taberna?

JACOBO. Anda y toma unas copitas de aguardiente que te abrasen las entrañas.

ANIC. ¡Lo haré! (Aparte y encasquetándose el sombrero de golpe.) (¡Cuánto maestro ciruela!) (Vase bruscamente.)

ESCENA VI

DICHOS menos ANICETO; á poco INDALECIO

NICOM. No parece hijo mío.

JACOBO. ¡Vaya si lo parece! (Indalecio entra con una cafetera, y en una bandeja el servicio para tomar café, y coloca todo sobre el velador.)

IND. Con permiso...

JACOBO. (Á Indalecio.) ¿Dónde anda la gente de esta casa?

IND. ¡La gente!... (Disgustado.) El señor Marqués y su señor padre están acabando de cenar.

JACOBO. Cuando se ponen á comer, no acaban nunca; y luégo mucho de «doctor, no puedo digerir; doctor, no puedo conciliar el sueño.»

IND. Los señores comen todo lo que les apetece.

JACOBO. Y beben todo lo que les agrada. Aquí tenemos ya el café para los señores.

IND. Y para ustedes si gustan.

JACOBO. ¡Ni para ellos ni para nosotros! ¡Llévate eso á la cocina!

IND. Perdone usted. (Disgustado.) Don Jacobo, los señores tienen costumbre de tomar café después de la comida, y hoy quieren tomarlo después de la cena.

JACOBO. Yo lo tomaba tres y más veces al día cuando era estudiante; pero me hizo daño y desde entonces me privo de él.

IND. Usted es dueño de sus acciones y los señores de las suyas.

JACOBO. Nadie es dueño de sus acciones cuando procura envenenarse. ¡Llévate eso inmediatamente!

IND. Si el señor Marqués lo manda, lo haré.

JACOBO. ¡Hola! ¿Me desobedeces? Pues para curar terquedades no hay mejor remedio que las medidas revolucionarias. (Coge la cafetera y vierte su contenido por la puerta que da al jardín.)

IND. ¿Qué va usted á hacer?

JACOBO. ¡Ya está hecho!

ESCENA VII

DICHOS, el MARQUÉS y el DUQUE

MARQ. (Entra conduciendo del brazo á su padre y lo sienta en un sillón cerca del velador.) ¿Qué pasa? ¿Están ustedes disputando?

IND. Pasa, que don Jacobo ha vertido el café por la puerta del jardín.

MARQ. ¡Vaya una ocurrencia! (A don Jacobo.)

JACOBO. ¡Es que no lo debes tomar.

MARQ. Dí que hagan otro.

JACOBO. ¡No permito que lo tomes!

MARQ. ¡Hombre, qué tiranía! ¡Y te precias de liberal!

JACOBO. Contra gula, templanza.

MARQ. Veo con agrado que no olvidas el catecismo.

JACOBO. Los médicos recordamos todo lo que interesa á la salud de nuestros clientes.

MARQ. Indalecio, dí que nos hagan té.

DUQUE. Eso; lo de siempre. (Vase Indalecio, llevándose la cafetera.) ¿Estás contento, Pedro Recio de Tirteafuera?

JACOBO. Sí, don Quijote de la Mancha.

MARQ. Don Quijote sin Dulcinea.

DUQUE. ¿Es este el sillón donde me siento todas las noches?

MARQ. Sí, señor.

DUQUE. No me gusta variar.

REM. (Al Duque.) ¿Qué tal de salud?

DUQUE. Como siempre. No me gusta variar. (Se duerme.)

MARQ. Perdone usted, don Remigio, que le haya hecho esperar tanto. ¿Ocurre algo nuevo?

REM. Quisiera hablar con usted de un asunto importante.

MARQ. Cuando usted guste.

ESCENA VIII

DICHOS y DOÑA ROSALÍA, que aparece vestida de luto con mantilla bastante raída, pañoleta blanca y pequeña sobre los hombros, cerrada hasta cubrir el cuello. Trae gafas, un libro de rezo, un rosario, una silla de tijera y un perrito faldero en brazos.

ROS. ¡Buenas y santas noches nos dé Dios!

MARQ. ¡Hola, Rosalía! ¿De dónde vienes con tantos adminículos?

ROS. Del Rosario. (Se quita la mantilla, que coloca sobre una de las mesas del foro, deja la silla de tijera arrimada á la pared y se sienta en un sillón cerca de la chimenea.)

JACOBO. (Daría cualquier cosa por no ver á esta maldita bruja.)

NICOM. ¿Trae usted mucho frío?

ROS. Mucho, y siento haber sacado de casa á mi pobre Linda.

JACOBO. ¿Esa perra se llama Linda? ¡Pues es bastante fea!
ROS. (¡Más feo eres tú y pasas, herejote!)

ESCENA IX

DICHOS é INDALECIO, que vuelve con la tetera y la coloca sobre el velador.

IND. ¡El té!
JACOBO. Bien venido. No hay mejor tónico después de la comida. (Indalecio echa azúcar en las tazas empezando por la del Duque.)
MARQ. Será lo que tú quieras, Jacobo Rousseau; pero yo prefiero el café.
ROS. Á mí me gustan las dos cosas.
NICOM. Ya no se vende té legítimo, ni en la China. ¡Si probasen ustedes el que yo despachaba hace cuarenta años!...
JACOBO. ¡Bueno estará el que usted despachaba!
IND. ¡Señor... señor! (Al Duque.)
DUQUE. ¿Eh, qué esto? (Despertando.)
IND. El té.
DUQUE. ¿Tiene bastante azúcar? ¡Ya sabes mi costumbre!
IND. Sí señor. (Sirve á doña Rosalía, á don Jacobo y al Marqués.)
MARQ. Una tacita, don Remigio.
REM. La tomaré.
MARQ. (Luégo hablaremos.) (Á don Remigio. Indalecio sirve á don Remigio.)
ROS. Indalecio, déme usted dos terroncitos de azúcar. (Indalecio le lleva el azucarero.)
JACOBO. Doña Rosalía, ¿descompone usted muchos matrimonios?
ROS. Compone, querrá usted decir; nuestra misión es procurar que los casados vivan como Dios manda.
JACOBO. Si todos pensaran como yo nadie se casaría. El matrimonio es una odiosa esclavitud.
MARQ. ¡Qué necedad! El matrimonio ha creado la familia, y

yo siento no tener una dulce compañera que partícipe de mis alegrías y se conduela de mis pesares; pero ya es tarde para buscarla: he cumplido sesenta años.

JACOBO. ¿Qué falta te hace una esposa?

MARQ. Si la tuviese, no viviríamos mi padre y yo tan solitarios, y esta noche nos hubiera servido el té. ¡Es tan grato el té servido por unas manos delicadas!

ROS. ¡La mujer nació para regalo del hombre!

JACOBO. Y también para regalo de los perros. Vean ustedes con qué deleite saborea Linda los terrones de azúcar que le da su ama.

ROS. (¡Así te mordiera una pantorrilla, perro judío!)

JACOBO. ¿Si tanto aborreces la soledad, por qué no vives en Madrid?

MARQ. Por muchas razones... y entre otras, porque tendría que abandonar la casa donde nacieron y murieron mis antepasados. En las aldeas, todos los vecinos, hasta el más pobre, suele poseer una casita, que se transmite de padres á hijos, mientras que los habitantes de las grandes ciudades se pasan la vida cambiando de domicilio. Nunca he visto á las gentes mudarse de casa sin que se me ocurra exclamar: «¿A dónde vas, infelíz? ¿Por ventura te despide el casero, ó buscas otra habitación, arrastrado por la fiebre de la novelería que hoy devora al mundo? ¿Dejas tal vez la casa donde te casaste, el santo hogar donde vino al mundo tu casta hija, y no te asusta el recelo de tropezar quizá con un nido abandonado por la prostitución?»

JACOBO. Cuando una casa se desmorona, como le pasa á ésta, debe abandonarse. (Indalecio recoge las tazas y se las lleva en la bandeja con la tetera.)

MARQ. ¡Aquí nacimos mi padre y yo, y aquí nos moriremos cuando Dios quiera!

NICOM. Este caserón, aunque viejo, durará más que ninguno de los edificios que hoy se construyen. Ya no hay arquitectos, ni maestros de obras, ni peones de albañil que sepan su oficio.

JACOBO. ¿No jugamos? (Al Marqués.)

MARQ. Echen ustedes las cartas en el sitio de cada uno para ver quién da, mientras yo hablo dos palabras con don Remigio. (Don Jacobo y don Nicomedes se sientan á la mesa.)

NICOM. Esto de no variar nunca de sitio, es una tontería. (Toma la baraja.)

MARQ. Perdona, Rosalía, pero...

ROS. Sí, sí; ya comprendo. (Se levanta.) (¿Qué tratarán?) (Don Remigio y el Marqués se quedan sentados junto á la chimenea; doña Rosalía se sienta inmediata á la mesa de juego, y saca del bolsillo avíos para hacer calcetas. Don Nicomedes baraja.)

MARQ. Diga usted. (A don Remigio.)

REM. Hay un sér desgraciado, cuya existencia puede usted salvar.

MARQ. ¿Yo?

REM. ¡Se trata de Margarita!

MARQ. ¿De mi sobrina?

REM. La pobre...

MARQ. Basta. Usted tiene el encargo de atender á ella desde que murió su madre y si no es suficiente la cantidad que recibe, déle usted cuanto pida. (Se levanta.)

REM. (Deteniéndole.) Perdone usted, señor Marqués, si le importuno; pero es preciso que me oiga.

JACOBO. (A don Nicomedes.) ¿Cuándo acaba usted de barajar?

NICOM. No tenemos otra cosa que hacer.

ROS. (No oigo lo que dicen por más que lo procuro...)

MARQ. (Sentándose.) Hable usted. Mi padre no olvida un sólo momento la historia funesta de mi hermana, ni la vida miserable á que voluntariamente se condenó, deslustrando nuestros blasones. Dejó de existir y la hemos perdonado.

REM. Margarita se encuentra en una triste situación sin merecerlo.

MARQ. Ya he dicho á usted que disponga en su favor de los fondos que ella necesite.

REM. Su desdicha no se remedia con dinero.

MARQ. ¿Pues qué pasa?

NICOM. Corte usted. (A don Jacobo. Éste corta y don Nicomedes echa tres cartas sobre la mesa.)

REM. Señor Marqués: su hermana de usted no cometió otro pecado que el de salir de aquí para casarse, contra la voluntad de usted y la del señor Duque, con el elegido de su alma, con un hombre de humilde cuna; pero honradísimo y trabajador... Nunca quisieron ustedes reconciliarse con la pobre Magdalena y fueron muy duros con ella. Desde que ella y su esposo dejaron este mundo, la hija, su sobrina de usted, Margarita, ha vivido en compañía de una amiga de sus padres, y me escribe que tan buena señora acaba de morir y el desamparo en que se halla...

MARQ. ¡Infelíz criatura!

REM. La pobre huérfana ha perdido el asilo donde la recogieron, se encuentra abandonada, enferma, privada de afectuosos cuidados, de prudentes consejos, de una persona que la consuele; en fin, del santo calor de la familia. Esto es lo que le falta, lo que no se compra con todo el oro del mundo.

MARQ. Es verdad... pero... (Conmovido.)

REM. No hace mucho deploraba usted la soledad en que vive, echando de menos la dulce compañía de una mujer propia. ¿Qué más dulce compañía para el señor Duque que la de su nieta y para usted que la de Margarita?

MARQ. (Conmovido.) Sí, sí... Escríbale usted que se venga inmediatamente.

REM. Así lo hice confiando en el misericordioso corazón de usted.

MARQ. Hay que prevenir á mi padre.

REM. Ahora duerme.

MARQ. Si despierta, dígale usted algo de lo que ocurre. Don Jacobo y don Nicomedes se impacientan porque no voy. (Dirigiéndose á la mesa de juego.) ¿Quién da?

NICOM. Don Jacobo. (El Marqués se sienta al lado que cae hacia donde está la chimenea. Don Jacobo se sienta en el opuesto, y en el centro, dando cara al público, don Nicomedes.)

JACOBO. ¡Qué coincidencia tan singular! A tí, militar retirado, te han correspondido espadas, representantes de la fuerza bruta; al extendero don Nicomedes, oros, símbolo de la riqueza, y á mí, bastos...

MARQ. Es decir, el garrote; la divisa de la fuerza... civilizada. (Don Jacobo da cartas después que corta el Marqués.)

NICOM. Paso. (Viendo las tres primeras cartas.)

MARQ. ¿Tan pronto? Aún faltan á usted seis cartas.

NICOM. He visto á Colomarde y me sobra para saber lo que puedo esperar.

MARQ. Juego.

JACOBO. Más. Si es entrada, porque yo tiro voltereta.

MARQ. Juego solo y soy mano. ¡Roben ustedes espadas!

JACOBO. ¡Buen codillo te espera! (Robando.) Voy á la contra. Tome usted. (A don Nicomedes.)

NICOM. No quiero ninguna.

MARQ. Tendrá un fallo... El rey.

JACOBO. ¿Á mí reyecitos? Me los como.

MARQ. Pero te cuesta la malilla.

JACOBO. Aún me queda otro mate.

MARQ. Y á mí siete triunfos en palo corto. Paguen ustedes. (Tendiendo las cartas.)

JACOBO. Así se las ponían á Fernando séptimo. (A don Nicomedes.)

NICOM. ¡Me alegro! Valiente solo le ha dado usted.

JACOBO. ¡Cómo se conoce que es usted realista!

NICOM. Mi partido fué siempre liberal. (Ofendido.)

JACOBO. Ustedes cantaron la Pitita y el Trágala.

NICOM. Yo defendí la libertad con las armas en la mano durante la primera guerra civil.

JACOBO. Usted no hizo otra cosa entonces que vender garbanzos, judías y otros géneros avariados.

NICOM. ¡No es cierto! (Levantándose.)

MARQ. Paz, señores. El absolutista soy yo, y transijo con la opinión de los demás.

ESCENA X

DICHOS é INDALECIO

IND. Señor Marqués, en la antesala está una joven, que acaba de llegar de Madrid. (Don Remigio se levanta y el Marqués lo mismo.)

MARQ. (¿Será Margarita?)

ROS ¿Una joven forastera?

REM. ¡Ella! (Al Marqués.)

MARQ. ¿Tan pronto?... ¡Y mi padre que no está prevenido!

IND. No quiere entrar sin permiso de usted.

MARQ. ¡Que entre!... No, no, espera... ¿Qué hacemos don Remigio?

REM. Si yo tuviese familia, me la llevaría á mi casa.

MARQ. Eso no; de ningún modo.

JACOBO. ¿Se puede saber lo que ocurre?

MARQ. Jacobo, amigo mío, esa joven es la hija de mi hermana Magdalena.

JACOBO. ¡Mi ahijada!

MARQ. ¿Cómo tu ahijada?

JACOBO. Yo la saqué de pila sin decírtelo.

MARQ. Entonces no tendrás inconveniente en prestarme tu ayuda.

JACOBO. ¿Para qué?

MARQ. Para lograr que mi padre la reciba y la ampare.

JACOBO. No lo hará. A pesar de sus años, todavía se sulfura cuando recuerda que su hija se casó con Juan Esparraguera.

NICOM. ¿Juan Esparraguera?

JACOBO. ¿Le conoció usted?

NICOM. De nombre. Era sobrino tercero de mi difunta esposa.

IND. ¡Señor Marqués, esa joven debe estar enferma y cansada, parece que tirita de frío!

MARQ. Que entre en seguida, suceda lo que quiera: yo la recibiré en mis brazos. (Vase Indalecio.)

ESCENA XI

DICHOS; á muy poco MARGARITA seguida de INDALECIO

REM. (¡Gracias á Dios!)

JACOBO. Si viene enferma, yo la curaré. (Margarita aparece mirando con timidéz á uno y otro lado; el Marqués corre hacia ella, la abraza y la conduce al centro de la escena.)

MARQ. ¡Estás en los brazos de tu tío y al lado de tu padrino!

MARG. (Abrazando al Marqués con tierna afección.) ¡Tío de mi alma! (Intenta arrodillarse y el Marqués se lo impide.)

MARQ. ¡Hija mía!.,. ¿Qué haces?

MARG. ¡Deje usted que le dé gracias de rodillas!

MARQ. No, no. Te arrodillarás... allí, á los piés de tu abuelo. Ven conmigo. (La conduce hasta colocarla delante del Duque y Margarita se arrodilla.)

MARG. ¡Madre mía, favoréceme! (Pausa.)

MARQ. ¡Padre! (Con timidéz. El Duque despierta.)

DUQUE. ¿Qué es eso? ¿No se juega esta noche al tresillo? (Repara en Margarita que le besa las manos.) ¡Calle! ¿Quién es esta linda muchacha?

MARQ. Padre mío, hace poco se encontraba á la puerta de nuestra casa esta pobre huérfana pidiendo hospitalidad.

DUQUE. ¿Una huérfana? (Mirando con atención el rostro de Margarita.)

MARQ. ¡Es la hija de Magdalena!

DUQUE. ¿Tú eres su hija?

MARG. ¡Oh! ¡Sí señor!

DUQUE. ¡Mi nieta! (Contemplándola con alegría.)

MARQ. ¡Su nieta de usted, mi sobrina! La pobre deseaba obtener el permiso de su abuelo antes de entrar aquí; pero no he tenido valor para dejarla expuesta al frío.

DUQUE. ¡Hubiera sido una infamia y has cumplido con tu deber trayéndola á mi lado! ¡Abrázame, nieta de mi vida!

MARG. ¡Qué felicidad!

DUQUE. No llores, estás en tu casa con tu familia y aquí todos te aman,

MARG. ¡Lloro de alegría! (Don Jacobo aparte limpiándose con disimulo los ojos humedecidos.)

JACOBO. ¿Pues no me ha conmovido este viejo fósil? El corazón es un músculo hueco que se endurece con los años, pero la nobleza del alma vive eternamente.

NICOM. (Vea usted por dónde me encuentro con una sobrina política que pudiera llegar á ser Duquesa... ¡Buen partido para mi hijo Aniceto!)

ROS. (¡Maldita la falta que nos hacía el conocimiento de este retoño! ¡Y será como su madre!... De tal palo, tal astilla. (Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primer acto, con notable alteración en el ornato. Los retratos al óleo aparecen á uno y otro lado de la puerta del foro; en la pared donde está la chimenea, un espejo; sobre la cornisa de ésta, además del reloj cuya péndola se mueve, jarrones con flores artificiales; las mesas del fondo, adornadas con otros objetos: al lado del velador, dos butacas y entre las puertas laterales de la derecha un piano.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA é INDALECIO

MARGARITA, aparece de pié junto á la ventana de la puerta que baja al jardín, contemplando con tristeza el campo. INDALECIO entra, trayendo un plumero y un paño de limpieza.

IND. ¿Más novedades aún? (Mirando alrededor.) Antes el piano, después las butacas, luégo las flores... ¡Qué gusto tiene la señorita en variarlo todo, para que yo me maree! (Reparando en Margarita.) Ahí está, inmóvil como una estátua... ¡Qué bonita! ¡Es el retrato de su

madre!... (Acercándose á ella con cariño.) ¡Señorita!... ¡Hace usted mal en estar de pié junto á la ventana!

MARG. ¿Por qué?

IND. Dice don Jacobo, que no debe usted cansarse, ni tomar frío. Esta noche se ha helado el agua hasta dentro de las habitaciones.

MARG. No me canso ni tengo frío. Hace una mañana hermosísima y me deleita ver cómo brilla el sol en el hielo del arroyo. Si me dejasen, bajaría al jardín de muy buena gana, porque ya estoy fuerte.

IND. ¡Fuerte, fuerte!... Aún se encuentra usted bastante débil, y necesita más tiempo del que lleva de estar con nosotros para robustecerse. ¿Quiere usted que avive el fuego de la chimenea? (Va hacia la chimenea.)

MARG. No.

IND. ¡Calle; ésta es buena! (Mirando sobre la chimenea.)

MARG. ¿Qué pasa?

IND. ¡Que ha desaparecido el retrato del general!

MARG. Lo he colocado allí. Ahora tiene mejor luz.

IND. Pero no se ven uno á otro. (¡Qué manía de variar las cosas!)

MARG. ¿No le parece á usted bien el cambio?

IND. Me parece bien todo lo que usted dispone; pero como hace treinta años que tengo la costumbre de quitarle el polvo al general en aquel sitio...

MARG. Lo mismo da limpiarlo en una parte que en otra.

IND. Muchos días han de pasarse primero que yo me acostumbre á limpiarlo donde está ahora. En fin, ¿qué remedio? (Se coloca delante del retrato y se detiene.) No, no: lo que es hoy... Vamos por el periódico del señor Marqués.

MARG. Hágame usted el favor de pedirle á don Jacobo el suyo para mí. (Arregla los floreros de la chimenea y repara en la tarjeta que hay en la cornisa.)

IND. ¿El periódico á que está suscrito don Jacobo? (Con extrañeza.)

MARG. Sí.

IND. ¡Bueno, bueno! Se lo pediré; pero me parece... (Echa á andar lentamente.)

MARG. ¡Ah! (Leyendo la tarjeta.)

IND. ¿Decía usted algo? (Parándose.)

MARG. ¿Ha visto usted á la persona que ha dejado esta tarjeta? (Enseñándosela.)

IND. Debe ser un joven que vino á casa la misma noche que usted llegó. Le dije que el señor Marqués estaba cenando; y sin duda cansado de esperar, se marchó dejando esa tarjeta que encontré sobre la chimenea á la mañana siguiente.

MARG. ¿Por qué no se la dió usted á mi tío?

IND. Porque el interesado se fué sin que yo le viese, y no me lo encargó. Después de todo, ni es persona conocida del señor Marqués, ni ha vuelto por aquí.

MARG. ¡Cosa más singular!

IND. ¿Le conoce usted?

MARG. ¡Ya lo creo! Era amigo de la familia que me recogió al morir mi pobre madre; nos visitaba con frecuencia y le he debido cariñosas atenciones cuando estuve enferma.

IND. Mucho se le parece á uno que ví ayer desde el jardín, al lado allá del arroyo.

MARG. ¿Tan cerca?

IND. Á no estar cerca no le hubiera distinguido. ¿Tiene usted que mandarme alguna cosa?

MARG. No, gracias.

IND. Pues voy por los periódicos; ¡y cuidado con tomar frío! (Vase.)

ESCENA II

MARGARITA, mirando por la ventana.

¡Ahora no pasa nadie por el prado que cruza el arroyo!... ¿Sería él?... Sin duda... ¿Luego está en el

pueblo?... ¡y yo que nada sabía!... Ya se vé, como don Manuel se encontraba ausente de Madrid cuando falleció mi protectora... ¿Habrá averiguado dónde estoy?... ¡Oh, si viniera aquí y yo le viese, sería completa mi felicidad!

ESCENA III

MARGARITA, el MARQUÉS; después INDALECIO. El Marqués, en traje de mañana, viene por detrás de Margarita, andando de puntillas y la sorprende.

MARQ. ¿En qué piensa el ángel de esta casa?

MARG. ¡Ay, tío, qué susto me ha dado usted! (Ocultando la tarjeta.)

MARQ. Lo siento. Aunque machucho, no creí que estaba para asustar á nadie.

MARG. Ya se vé que no: todo lo contrario. (Le abraza.)

MARQ. ¡Aduladora!

MARG. ¿Ha dormido usted bien?

MARQ. Más que tú seguramente. Sé que te has levantado antes de las ocho, y haces mal; te encuentras bastante delicada y estamos en el rigor del invierno

MARG. Me he repuesto del todo y ya no necesito cuidarme.

MARQ. En verdad que hoy pareces otra. ¡Qué rostro tan placentero!... Desde que llegaste, nunca te ví de mejor color.

MARG. ¡El ejercicio!

MARQ. ¿Qué ejercicio?

MARG. Me he entretenido esta manana en arreglar su despacho de usted.

MARQ. ¿Tú sola?

MARG. ¡Con ayuda de las criadas!

MARQ. Indalecio es la única persona que cuida mi despacho; y cuando averigüe que le han usurpado sus atribuciones...

MARG. Se conformará, es muy bueno.

MARQ. Sí que lo es; pero no le gustan las variaciones. Tampoco yo soy muy aficionado á ellas. Sin embargo, confieso que las mejoras dispuestas por tí hacían mucha falta. Díganlo esas butacas tan cómodas. (Se sienta en una.)

MARG. Las variaciones que yo hago no tienen importancia ninguna.. Quitar los visillos tupidos y poner otros más transparentes para que entre el sol y adornar las mesas con flores artificiales, son caprichos de niña, gratos de satisfacer y que no merecen el nombre de mejoras.

MARQ. Llámense como quieras, todo redunda en nuestro bien. Pero ni el sol que ahora entra por las ventanas ni esas flores que adornan las habitaciones, pueden compararse con los vivos destellos de tus ojos y la dulce sonrisa de tus labios, que llenan de luz y de alegría este hogar, convirtiendo en mágica primavera el invierno y dando un nuevo sér á tu abuelo y á mí. Este es el mayor beneficio que nos ha proporcionado tu venida y ésta la felicidad que te debemos.

MARG. Como nunca hubiera renacido en mi rostro la alegría sin las tiernas demostraciones de verdadero amor que aquí recibo; ustedes son el origen de esa felicidad.

MARQ. ¡Sutilezas!... Tú y nadie más que tú nos ha traído la buena ventura. ¿Quién es el genio protector de esta casa? ¿Quién se interesa por nosotros y por cuanto nos rodea? ¿Quién se ha tomado el trabajo de aprender el tresillo por dar gusto al egoísta de don Nicomedes, tu tío? Porque es tu tío político, aunque no tenga nada de atento. ¿Por qué pasas las noches tocando el piano sino para divertir á tu abuelo y complacer á don Jacobo?

MARG. Don Jacobo es amigo de usted y mi padrino.

MARQ. ¡Gran cosa! ¡Un padrino que sin creer en Dios le ofreció defenderte del demonio, en quien tampoco cree,

y enseñarte la doctrina cristiana que no sabe!... ¡Como no te enseñe la Marsellesa!

MARG. (Acercándose al Marqués.) Mi padrino es mejor de lo que usted supone, y me quiere mucho.

MARQ. (Mirándola atentamente.) Sí, sí... Observo con gusto más animación en tu semblante. Ayer, si bien procurabas disimularlo, te consumía la tristeza.

MARG. Los goces presentes me recuerdan de vez en cuando las miserias pasadas, y ese es el motivo de los cambios de mi fisonomía.

MARQ. ¡Grandes privaciones debéis haber experimentado tu madre y tú!

MARG. Sí señor; mi madre sobre todo.

MARQ. Siéntate á mi lado. (Se sienta cerca de él.) Mi hermana jamás quiso aceptar el auxilio que yo le ofrecí. ¿Cómo os sustentábais?

MARG. Desde la muerte de mi buen padre, trabajando para las tiendas.

MARQ. ¡Infelices! ¡Tener que sufrir el regateo y los desaires de un comerciante!

MARG. Es verdad que los comerciantes pagan poco, pero nos tenían mucha consideración.

MARQ. ¡Sin duda por respeto á nuestro ilustre nombre!

MARG. No señor. Les era desconocido, por respeto á la honrada memoria de mi padre. Una amiga suya fué la que me recogió cuando quedé huerfana.

MARQ. ¡Buena mujer!... ¡Hay que pagarle lo que hizo por tí!

MARG. ¡Dios se lo habrá pagado en la otra vida! (Se levanta.)

MARQ. ¡Es verdad!

MARG. ¡También ella murió! (Se limpia las lágrimas y se aproxima á la ventana.)

MARQ. (¡No he debido afligirla con tales recuerdos!)

MARG. (Mirando por la ventana.) (¡Ah! ¡Es él!)

MARQ. (Levantándose.) ¿Te pones mala?

MARG. No señor. (Turbada y retirándose de la ventana. Indalecio entra trayendo un periódico cogido naturalmente con una

mano y otro con la otra suspendido por un extremo con la punta de los dedos y separado del cuerpo.)

IND. El señor Duque quiere tomar el chocolate y pregunta por su nieta.

MARG. Como le agrada que yo se lo sirva, me echa de menos. Voy al instante. (Vase.)

ESCENA IV

EL MARQUÉS é INDALECIO

IND. El periódico del señor Marqués. (Le da el que trae cogido naturalmente.)

MARQ. ¿De quién es el otro?

IND. ¡Del médico!

MARG. Haces bien en cogerlo así, porque debe contener algodón-pólvora ó dinamita. Ten mucho cuidado no vaya á estallar.

IND. Ya lo tengo, y pienso lavarme las manos con legía en seguida que lo suelte. (Vase.)

ESCENA V

EL MARQUÉS; á poco ROSALÍA y luégo INDALECIO

MARQ. ¡Qué joven tan encantadora es Margarita! ¡Cuánta discreción, cuánta bondad y cuánta modestia! Con una mujer así debía yo haberme casado; pero no la encontré y no lo hice, y ahora... ahora es tarde. (Pausa.) No sería yo el primer hombre de sesenta años que se casa con una niña de veinte... Ella es virtuosa... yo tengo buena salud... la amaría entrañablemente... ¡Qué locura! (Se sienta.) Veamos lo que dice *La Revista Militar*. (Doña Rosalía aparece por la puerta del foro.)

ROS. ¿Estás solo?

MARQ. ¡Ah! ¿Eres tú, Rosalía? Solo estoy.

ROS. ¿Se puede entrar?

MARQ. ¡Yaya una pregunta! (Entra.)

ROS. (Con misterio) ¡Chist! ¡Habla más bajo! (Doña Rosalía cierra la puerta.)

MARQ. ¿Qué ocurre? ¿A qué vienen esas precauciones?

ROS. Yo sé lo que me hago. (Asoma la cabeza á cada una de las puertas laterales.)

MARQ. ¡Explícate!

ROS. Me explicaré cuando esté segura de que nadie procura escucharnos.

MARQ. En mi casa, Rosalía, ninguno procura enterarse de lo que otros hablan reservadamente.

ROS. Bien; pero cuando una persona se encuentra por casualidad detrás de una puerta, no puede menos, á pesar suyo, de atisbar lo que se hace y de escuchar lo que se dice. Á mí me ha pasado muchas veces.

MARQ. El que no quiere, no atisba ni escucha. Vamos, ¿de qué se trata? ¿Necesitas dinero?

ROS. Hoy no. (Acercándose al Marqués.) ¡Se trata de tu honra!

MARQ. ¡Mi honra está segura de todo peligro!

ROS. ¿Eso dices teniendo mujeres en casa?

MARQ. ¿Quién había de infamarnos?... Á no ser que tú...

ROS. ¿Yo?... ¡Ave María Purísima! (Ruborizada.) Nunca tuve amoríos, y nadie se puede alabar...

MARQ. ¡Lo creo!

ROS. ¡Vaya una ocurrencia!

MARQ. Entonces, ¿qué otra mujer? (Levantándose) ¿Sospechas de Margarita?

ROS. ¡Dios me libre! Esa niña vale un tesoro; ¡yo la quiero como si fuese mi hermana!... ¡Es tan humilde, tan candorosa! ¡Demasiado inocente, y por lo mismo expuesta al engaño y á la seducción!

MARQ. Yo velo por ella.

ROS. Todos velábamos por su madre, y sin embargo...

MARQ. ¡Voto al demonio!... ¿Qué tiene que ver la historia de Magdalena con Margarita?

ROS. ¡Si te ofendes, callaré!

MARQ. ¡Acaba de soltar lo que vienes á decirme!

ROS. Mi intención es santa y buena; pero...

MARQ. ¡No más salvedades!... Al grano.

ROS. (Con misterio.) Pues... ví ayer, y he vuelto á ver hoy desde mi habitación, un joven forastero junto á la tapia caída de la huerta, el cual rondaba nuestra casa.

MARQ. ¡Algún transeunte!

ROS. El prado no es camino para ninguna parte, y aunque lo fuera, ¿qué necesidad tenía de detenerse y mirar á esa ventana, por donde se asoma con frecuencia Margarita?

MARQ. ¡Ah!... (El Marqués reflexionando) ¡Es verdad!... Ahora poco sorprendí á Margarita que miraba hacia el campo... y luégo observé una extraña animación en su rostro...

ROS. Puede que no se haya marchado todavía el galán. (Asomándose á la ventana.) Allí está, mírale.

MARQ. (Corriendo á la ventana.) ¿Dónde?

ROS. Más acá del arroyo. Se conoce que lo ha pasado por encima del hielo.

MARQ. Ya lo veo: se sienta sobre los escombros de la tapia.

ROS. Y mira hacia aquí.

MARQ. ¡Oh, si fuese un amante! (Vuelve á la ventana.) ¡No lo creo!... ¡No es posible!

ROS. Así empezaron los amores de Magdalena; los averigüé, se lo dije á tu padre y me contestó: «no lo creo.»

MARQ. Pues yo te aseguro que ahora... (Se dirige por donde se fué Margarita.)

ROS. No te precipites; la pobre criatura está convaleciente, y un regaño pudiera serle perjudicial.

MARQ. (No le diré nada hasta saber que ese joven la galantea y que ella le corresponde.) (Tira del cordón de la campanilla.)

ROS. No lo dudes.

MARQ. ¡Indalecio!

IND. (Entrando.) ¿Señor?

MARQ. Busca á don Jacobo y á don Nicomedes, y díles que vengan al momento. (Vase Indalecio.)

ROS. ¿Qué intentas?

MARQ. Adquirir noticias de quién es ese joven.

ROS. Déjalo á cargo mío. Yo averiguaré cómo se llama, su edad, su parentela, su domicilio, su ocupación, á dónde va, de dónde viene, etc., etc.

MARQ. Bien está; pero no digas á nadie el motivo.

ROS. Primero mártir que confesor. Ni con tenazas me arrancan á mí lo que no me conviene contar.

MARQ. Hasta luégo.

ROS. Antes de diez minutos estoy de vuelta. (Vase.)

ESCENA VI

EL MARQUÉS, arrimándose á la ventana.

Allí está aún sobre las ruínas de la tapia, y por allí entraba hasta el jardín el novio de Magdalena... No le distingo bien... ¿Será algún perdido que pretende gozar la futura herencia de Margarita?... ¡Miserable! ¡No lograrás tu pretensión! (Saca un catalejo del cajón de la mesa más próxima y vuelve á la ventana.)

ESCENA VII

EL MARQUÉS, DON JACOBO y DON NICOMEDES

JACOBO ¿Qué pasa? ¿Está alguno enfermo?

NICOM. ¡Vengo sobresaltado!

MARQ. Acérquense ustedes aquí... á la ventana. (Los dos se acercan.)

JACOBO. ¿Para qué?

MARQ. ¿Ven ustedes un hombre sobre los escombros de la tapia de la huerta?

JACOBO. Sí, y está sentado. ¡Vaya un gusto, con el frío que hace!

NICOM. Yo no veo nada.

MARQ. Tome usted el catalejo. (A don Nicomedes; éste lo toma y mira alargando y acortando los tubos sin cesar.)

NICOM. ¡Es una cabra!

JACOBO. ¡Dizfrazada de hombre!

NICOM. Pues sube y baja la cabeza como para pastar.

JACOBO. ¡Escribe y tiene una cartera bien grande sobre las rodillas!

NICOM. ¡Esto no sirve para ver! (Deja el catalejo sobre la mesa.)

MARQ. (Á don Jacobo.) ¿Sabes tú á quién escribe ese hombre?

JACOBO. ¡Mi vista no alcanza á tanto!

MARQ. ¡Pues escribe á Margarita!

JACOBO. } NICOM. } ¿Á Margarita?

MARQ. ¡Debe ser un perdulario, que ha logrado, cuando menos, cautivar la atención de mi sobrina! (Los tres se separan de la ventana.)

JACOBO. Será forastero.

MARQ. Si es forastero, vendrá siguiendo á mi sobrina desde Madrid.

JACOBO. ¡La malo está en que no la seguiría sin consentimiento de ella!

MARQ. Es verdad, ¡Margarita le ama!

NICOM. ¡Y querrá casarse con él!

MARQ. ¿Casarse con un advenedizo, con el primero que se presenta? ¡Nunca!

JACOBO. ¡Ni con ese ni con otro!

NICOM. ¿Por qué no con otro? En su familia hay personas...

MARQ. Ciertamente, pero...

JACOBO. Esa niña no tiene edad ni salud para casarse.

NICOM. ¡Vaya si tiene edad!

JACOBO. ¡No señor!

NICOM. Y por lo que toca á la salud, el mejor remedio ..

JACOBO. ¿Qué entiende usted de medicina?

NICOM. ¡Deje usted que me explique!

JACOBO. ¡No dejo!

NICOM. ¡Viva la libertad!

MARQ. ¡Señores, tratemos de lo presente, que tiempo hay de pensar en lo porvenir!

JACOBO. ¡Tienes razón!

MARQ. Si el galán que ronda á Margarita fuese un hombre digno, se presentaría descubiertamente; pero los medios que emplea para comunicarse con su amada, demuestran todo lo contrario.

JACOBO. Cierto.

MARQ. Y es preciso cortar esas relaciones, lo más pronto posible.

NICOM. ¡Á toda costa!

JACOBO. Á toda costa, no; hay que tener presente el estado de Margarita.

ESCENA VIII

DICHOS y DOÑA ROSALÍA

ROS. (Entra jadeante y cubierta con un mantón.) ¡Ya estoy aquí, y con noticias muy seguras! (Á don Nicomedes.) ¡Su hijo de usted, Aniceto, queda indagando también!

MARQ ¿Le has dicho?...

ROS. Que pregunte nada más; pero no el objeto.

MARQ. Vamos, cuenta. (Todos rodean á doña Rosalía, que se sienta.)

ROS. He visto á la cuñada del teniente Alcalde, á la mujer del cartero, á la suegra del cobrador de contribuciones, á una criada suya, que es prima segunda del posadero, á mi lavandera... á la boticaria... ¡qué se yo!

MARQ. ¡Mucha gente has visto en tan poco tiempo!

JACOBO. ¡Estarían en la iglesia!

ROS. No señor, en su casa.

MARQ. ¿Y qué sabes?

ROS. El forastero es un hombre como de treinta años, seco, pálido, algo picoso de viruelas, medio vizco y muy adusto. Perdió la salud y toda su hacienda por haberse entregado á los vicios; viene de Madrid á tomar aires y vive en casa del barbero, á quien le recomendaron.

JACOBO. Con tales prendas, no hará muchas conquistas el galán.

NICOM. ¡Las mujeres escojen siempre lo peor! (Á doña Rosalía.)

MARQ. ¿Cómo se llama ese pobre diablo?

ROS. Á él le dicen don Narciso á secas; y desde que llegó no ha tenido carta ninguna por dónde pueda averiguarse más!

ESCENA IX

DICHOS y ANICETO, con bulla.

ANIC. ¡Ya sé quién es!

ROS. ¡También nosotros!

ANIC. ¿Usted lo averiguó?

ROS. Yo misma.

ANIC. ¿Por dónde?

ROS. ¡No te importa! Ya lo he contado todo.

ANIC. Usted no trata á las personas conocidas de ese forastero.

ROS. Más que tú.

ANIC. ¡Que si quieres!...

NICOM. ¡Cuenta y no disputes!

ANIC. Pues señor, vengo del café...

JACOBO. De la taberna.

ANIC. ¡Bueno! y todo me lo han referido de pe á pa. Es un jerezano, recio de cuerpo, coloradote y muy rumboso, que tragina colocando vinos de su tierra; habla más que diez, empina de lo lindo; para en casa del tabernero, llegó ayer, y se marcha mañana.

ROS. ¡Todo eso es mentira!

ANIC. ¡Es la pura verdad!

ROS. ¡Cuentos de borrachos!

ANIC. ¡Los de usted serán cuentos de viejas!

ROS. ¡Insolente! ¡La culpa me tengo yo en darte ningún encargo!

MARQ. (Con severidad.) ¡Basta!

NICOM. Habrá dos forasteros distintos.

JACOBO. Si son dos, por fuerza tienen que ser distintos.

NICOM. Aniceto, hazme el favor de volverte al café.

ANIC. Me voy; pero repito que el forastero es jerezano y mozo de chapa

MARQ. Bien, bien; anda á reunirte con el jerezano.

ANIC. (¡Me echan! ¡Haga usted favores á nadie!) (Vase.)

ESCENA X

DICHOS menos ANICETO

MARQ. Ni los informes de Rosalía ni los de Aniceto pueden convenir de ningún modo al joven que está sentado allí enfrente.

JACOBO. Es verdad.

MARQ. Nada sabemos, ni siquiera cómo se llama, y es preciso averiguarlo.

NICOM. ¿Cómo?

MARQ. Preguntándoselo á él mismo.

NICOM. Cuando adivine que le buscan las vueltas, echará á correr.

JACOBO. (Asomándose á la ventana.) Ya se vuelve hacia el prado.

MARQ. (Mirando también.) Vamos á cortarle la retirada. (Vase por el foro.)

ROS. Yo les acompañaré á ustedes.

JACOBO. No es necesario: las mujeres estorban en todas partes.

ROS. (¡Mónstruo!)

JACOBO. (Á don Nicomedes.) ¡Sígame usted! (Vanse don Jacobo y don Nicomedes por el foro.)

ESCENA XI

DOÑA ROSALÍA

¡Qué egoístas son los hombres!... ¡Pues yo no me quedo sin saber lo que hacen! (Va á la ventana.) Desde

aquí se domina el campo de batalla y presenciaré las maniobras... ¡Qué turbio está el cristal!... ¡Fuera estorbos! (Abre la puerta.) ¡Ajajá! Está cerrado el portillo de la huerta... El caballerete no quiso tomar un baño de agua fría en el arroyo y se vuelve... Ya salvó la tapia... y parece que viene hacia el jardín... no quiero que me vea... (Se retira precipitadamente sin cerrar la puerta.) ¿Qué haré? Acechar desde mi cuarto. (Vase por el foro.)

ESCENA XII

DON MANUEL; después INDALECIO

MAN. (Aparece por la puerta que baja al jardín, con un cartapacio de dibujo debajo del brazo.) ¿Se puede entrar?... Nadie me responde. (Entra. Indalecio aparece viniendo de las habitaciones del Duque con el servicio del chocolate ya vacío.)

IND. (Viendo á Manuel parado en la puerta.) ¿Quién anda aquí?

MAN. Un servidor de usted. (Avanza.)

IND. ((Acercándose para reconocerlo.) ¡Ya! el caballero que vino la otra noche.

MAN. Justo. Pase usted recado á los señores.

IND. Me parece que ha entrado usted por la puerta del jardín.

MAN. (Sonriendo.) Le parece á usted bien. Cuando me retiraba del prado, donde estuve trabajando, con la fuerza del sol se había deshelado el arroyo que pasé esta mañana temprano; hallé además cerrado el portillo de la huerta, y no me quedaba otro recurso que venir por el jardín.

IND. ¡Vamos, ya entiendo!... Como no tengo costumbre de ver entrar las visitas por ahí...

MAN. (Algo impaciente.) Cierto que introducirse en casa extraña de este modo, es algo irregular; pero ya he dicho lo que me obligó á proceder de esta manera, y creo que basta de explicaciones.

IND. Sí señor... Sí señor... ¿Luego usted no viene de visita?

MAN. ¡Parece que me está confesando! No tenía intención de venir en este momento, si bien necesitaba hablar con el Marqués cuando estuviese acabado el estudio del terreno; pero ya sé á qué atenerme y le hablaré hoy: lo mismo da.

IND. (¿Qué querrá decir?) Dejaré esto en la cocina y en seguida sabrá el señor Marqués que está usted aquí. (Vase por el foro.)

MAN. ¡Qué pesado es este buen viejo! (Abre la cartera y examina los papeles que trae dentro.)

ESCENA XIII

DON MANUEL y MARGARITA

MARG. (Entra precipitadamente dirigiéndose á la ventana. Don Manuel nota que han pasado por detrás de él, mira y se levanta. Margarita mirando al campo.) ¡Ya no está!

MAN. ¡Alguien ha entrado! Señora...

MARG. (Volviéndose.) ¡Ah!

MAN. ¡Margarita!

MARG. ¡Manuel!

MAN. ¡Qué sorpresa tan agradable!

MARG. ¿Sorpresa?

MAN. Ignoraba que estuviese usted aquí. ¿Cómo es esto?

MARG. ¡Su amiga de usted, mi segunda madre, murío!

MAN. Hace tres meses que salí de Madrid; y como ando errante de pueblo en pueblo, nadie me ha escrito y nada sabía.

MARG. Volví á quedarme desamparada y tuve que venir á esta casa, donde todos se desviven por consolarme.

MAN. Mucha necesidad tenía usted de consuelos después de la grave enfermedad que padeció el otoño y de tantas desgracias.

MARG. Dios se ha compadecido de mí, y hoy... soy muy dichosa.

MAN. ¡Lo celebro infinito!

MARG. Para mayor ventura, ahora tengo delante el amigo que tanto se interesó por mi salud.

MAN. Nadie más felíz que yo al ver á usted cuando menos lo esperaba.

MARG. Yo ví á usted hace rato en el lindero de la huerta.

MAN. Allí estuve dibujando, y una casualidad ha hecho que entre en esta casa. ¡Quién había de decirme que estaba tan cerca de usted y que usted me miraba!

MARG. ¡Si el aire transmitiese los pensamientos!

MAN. (¡Qué hermosa está!)

MARG. Y vea usted lo que son los cosas; yo llegué á esta casa la misma noche que usted estuvo en ella por primera vez.

MAN. ¿Es usted la joven que don Remigio venía á recomendar?

MARG. (Conmovida.) Sí señor. ¿Conoce usted á don Remigio?

MAN. Estoy parando en su casa. Pero si mal no recuerdo, aquella joven era nieta del Duque y sobrina del Marqués.

MARG. (Con humildad.) Sí señor.

MAN. (¡Heredera de estos señores!) Nunca me dijo usted que tenía parientes tan ilustres y poderosos.

MARG. Debía callar por respetables consideraciones: ahora puedo decirlo.

MAN. Conozco, por mi amigo Remigio, la causa de tan delicada reserva. El Duque rechazó á su hija porque se había casado con un hombre humilde como yo y no quiso reconciliarse con ella jamás.

MARG. ¡Padres de mi alma!!.. ¡Cuánto sufrieron!...

MAN. ¡Ya todo pasó! ¡No piense usted en cosas tan tristes!

MARG Dice usted bien. Supongo que verá usted á mi tío. Indalecio me enteró esta mañana de que deseaba usted hablarle.

MAN. (Preocupado.) ¡Cierto!

MARG. (Con inocente coquetería.) Tambien supongo que no habrá usted olvidado sus buenas costumbres de Madrid, y por lo tanto que le veremos con frecuencia en esta casa.

MAN (Pensativo y para sí.) (¡No! ¡Sería hacerla desgraciada!) (Con pena.) Margarita... las circunstencias de hoy no son las mismas de Madrid, y los trabajos de mi profesión tampoco me consienten permanecer mucho tiempo en ninguna parte; puede decirse que vivo en el campo... y quizás no vuelva por este pueblo.

MARG. (Con abatimiento.) ¡Ah! (Haciendo un esfuerzo.) La alegría que manifestó usted al encontrarme, se ha convertido en disgusto. ¿Quiere usted explicarme la causa?

MAN ¡Me aflige el pensar que voy á separarme de usted!

ESCENA XIV

DICHOS, el MARQUES, DON JACOBO y DON NICOMEDES. El Marqués aparece por la última puerta lateral de la derecha, don Jacobo por la del jardín y don Nicomedes por la del foro, todos á un mismo tiempo.

MARQ. (¡Juntos!)

NICOM. ¡Aquí está! (Don Manuel y Margarita vuelven la cabeza.)

MAN. (¡Esto parece una batida!) (El Marqués se adelanta, los otros dos permanecen en sus puertas.)

MARG. Tío, tengo el gusto de presentar á usted...

MARQ. No es necesario. (Interrumpiéndola.) Tu abuelo está solo, y te ruego que le acompañes.

MARG. Quisiera decir á usted...

MARQ. ¡Luégo!

MARG Me voy. (Desconcertada y yéndose.) ¡Dios santo! ¿Qué hice yo para disgustar á mi tío?) (Vase.)

ESCENA XV

DICHOS menos MARGARITA

MAN. (¡Qué significa esto?... ¡Vamos, tendré que presentarme á mí mismo!

MARQ. (Con aparente cortesía.) Caballero, desearía saber á quién tengo el honor de recibir en mi casa.

MAN. Á un hijo de este pueblo, que vuelve á su patria por casualidad después de muchos años.

MARQ. (¡Por casualidad!)

MAN. Aunque necesitaba hablar con usted, no hubiera entrado aquí hoy sin un accidente imprevisto...

MARQ. Ignoro su nombre de usted.

MAN. Manuel Cañizares.

MARQ. (¿Cañizarés?)

MAN. Mi abuelo fué administrador del señor Duque.

JACOBO. (Con entusiasmo.) ¡Ah!... ¿Usted es nieto de Pedro Cañizares, á quien llamaban el Bermejo, y que el año veintitrés levantó una partida contra los realistas?

MAN. Sí señor.

MARQ. Aunque de ideas muy exaltadas, fué un buen hombre.

MAN. Un buen hombre que salvó la vida á su señor padre de usted cuando estuvo prisionero de los liberales.

MARQ. Sí, sí... ya recuerdo. (Contrariado. Don Jacobo y don Nicomedes se aproximan; doña Rosalía, que estaba oculta detrás de don Nicomedes, sale recatadamente y entra por la segunda puerta lateral, donde se queda escuchando.)

JACOBO. ¡El Bermejo! (Con entusiasmo.) ¡Vaya, pues si fué un héroe!

MARQ. Para nosotros fué un servidor leal.

JACOBO. ¿Supongo que habrá usted seguido las huellas del Bermejo peleando contra los retrógados?

MAN. No señor, soy ingeniero civil.

MARQ. ¡Ingeniero, la carrera de moda! ¿Pertenece usted á ese nuevo ejército de Atila, que armado de piquetas y cartuchos de dinamita, todo lo demuele?

MAN. Demuele, para construir. ¿Preferiría usted que España permaneciese como estaba en tiempos de don Juan el segundo?

MARQ. Yo lamento la destrucción de tantas basílicas, de tantos monasterios y otros edificios que eran modelos de arquitectura, y testimonio de las glorias de nuestra nación en su mayor grandeza.

MAN. Yo también lo deploro; pero muchos de esos monumentos admirables existen, y se restauran con suma inteligencia, y los más se construyeron arruinando otros de no menos valor artístico, árabes ó romanos, cuyas reliquias hoy recojemos para estudio de la historia. (El Marqués dará repetidas pruebas de impaciencia mientras el parlamento de Manuel; y don Jacobo, que está encantado oyéndole, hace gestos de asentimiento y procura contener al Marqués para que no le interrumpa.)

ROS. (¡Qué hereje!)

MAN. Esta es la ley del mundo: unas civilizaciones se suceden á otras, y todas han pretendido remediar las necesidades de su tiempo. Inútil sería sublevarnos contra el cumplimiento de esa ley; yo la respeto, y como la aspiración de nuestro siglo es contribuir al bien general, ya que soy uno de los obreros que auxilian á tan noble empresa, no he de condenarla. Hay que arrasar los montes, los edificios, salvar los más profundos abismos y caudalosos ríos, todo cuanto se oponga á la fácil comunicación de unos pueblos con otros y al cómodo tránsito de las personas. Recorra velozmente la locomotora enormes distancias; transmítase la palabra y el sonido de uno á otro polo con la velocidad del rayo; ensánchense las poblaciones; encuentren albergue saludable los menesterosos, y contribuya la libre circulación para que todas las clases sociales puedan disfrutar los productos de la industria y de la agricultura. ¡Esto buscamos y esto conseguimos, sin reparar en sacrificios!

JACOBO. ¡Bravo, joven, bravo!

MARQ. ¿Cree usted que nada bueno hicieron nuestros mayores?

MAN. Trazaron un somero surco que es preciso ensanchar.

MARQ. ¿Y qué semilla sembrarán ustedes en él cuyo fruto no esté ya recogido?

MAN. ¡El Progreso!

MARQ. ¡Ya me maravillaba yo que no hubiera salido á relucir la solemne palabra! ¡El Progreso, el Progreso!... Le conozco aunque vivo arrinconado en esta aldea. Hé aquí las conquistas del progreso: copian ustedes por medio de la fotografía, con menosprecio de la pintura, las personas y las cosas, poniendo en caricatura la naturaleza, y llaman arte al prosáico mecanismo: fabrican vino, sin valerse de zumo de la uva, y engañan al mundo enriqueciéndose á costa de la salud pública.

NICOM. ¡No pasaba eso en mis tiempos!

MARQ. No creen ustedes en nada divino como este caballero, (Señalando á don Jacobo.) y defienden el espiritismo: niegan la existencia del alma, y para explicar las operaciones del entendimiento, discurren sistemas filosóficos que nadie entiende, ni aun sus autores; inventan máquinas que estallan. líquidos incendiarios, luz fosfórica, luz de gas, luz eléctrica... ¡mucha luz, mucha, y la conciencia á obscuras!

JACOBO. ¡Bah!

MAN. Perdone usted, señor Marqués...,

MARQ. (Sin dejarle hablar.) ¿Y qué diremos del progreso de las costumbres? Hoy todos viven atropelladamente, sin tiempo para reflexionar ni para arrepentirse de sus errores; los hombres y las mujeres se casan por el interés, y cuando se aman, no bien se juntan, cuando los separa el hastío. El marido huye de su mujer para arruinarse en el juego; la esposa sólo encuentra deleite en los saraos; los hijos pasan la vida en el café ó en la orgía, fuman y juegan á la bolsa á la edad en que nosotros jugábamos al trompo. No hay duda que

progresamos, lo confieso; ¡progresamos por el camino del mal!

MAN. No me gusta tratar de cuestiones morales. Con todo, diré á usted que el corazón humano siempre fué el mismo; que las costumbres si bien se modifican con el transcurso de los siglos, sólo cambian de forma. En todos los siglos hubo hombres malos y buenos, ángeles y demonios.

MARQ. Será así; pero en otros tiempos ningún caballero hubiera tenido osadía para rondar mi casa y entrarse en ella furtivamente con objeto de galantear á una joven.

ROS. (¡Voy á enterar á Margarita de lo que pasa!) (Vase.)

MAN. (Con severa calma.) Señor Marqués: al entrar usted aquí, y no ahora, debió dirigirme esa terrible acusación y ya estaría contestada, quedando yo justificado y usted arrepentido de su ligereza. Ni yo he rondado su casa de usted, ni he pretendido siquiera hablar con Margarita, á quien estimo y respeto como se merece.

MARQ. ¿Negará usted que desde ayer anda por estos alrededores, mirando hacia aquí, y que hace poco escribía una carta?

MAN. Todo es verdad, ménos lo de la carta. He mirado repetidas veces para tomar apuntes. Vea usted.

JACOBO. (¡Qué muchacho tan simpático!) (Don Manuel coloca la cartera abierta sobre el velador: don Jacobo, el Marqués y don Nicomedes, se acercan y miran sin tocar los papeles.)

MARQ. (¿Será cierto? (Tranquilizándose.) ¡No viene por Margarita!) ¿Para tomar apuntes de mi casa?

MAN. Y de sus contornos.

MARQ. ¿Á qué fin?

MAN. Estoy completando los estudios de un ferrocarril que debe pasar por este pueblo y... por medio de su casa de usted.

MARQ. (Dejándose caer en una butaca.) ¿Por medio de mi casa? (Coje la cartera convulso.)

NICOM. ¿Qué necesidad hay de que pase por medio de este edificio?

MAN. ¡Es la dirección más conveniente y ecónomica! (El Marqués y don Nicomedes mirando el croquis.)

NICOM. No entiende el plano.

JACOBO. Es natural.

MAN. Esos tres rectángulos seguidos, representan la propiedad de usted, y la línea roja el trazado de la vía.

MARQ. Sí, sí... Vean ustedes; esta maldita raya todo lo divide; todo me lo roba y destruye: mi casa, el jardín, la huerta... ¡Talarán los hermosos árboles, bajo cuya sombra me dormía cuando niño! ¡Veré derribar hasta la alcoba donde murió mi santa madre!... ¡No, no lo puedo cosentir! ¡No lo consentiré!

JACOBO. ¡Vamos, tranquilízate!

NICOM. ¡Ya indemnizarán á usted de todo cuanto pierda!

MARQ. (Levantándose furioso.) ¡Rayos y centellas! ¡Todos los tesoros del mundo no bastarían para indemnizarme, si tuviese que perder un solo palmo de terreno!... Es decir, que me escondo en este retiro, huyendo del torbellino social, de los compromisos, de la política y de las intrigas cortesanas, y hasta aquí me persigue el espíritu de reforma

NICOM. Hombre, todo tiene remedio en este mundo. Lo mismo da que el camino pase dos varas más arriba ó dos varas más abajo. La casa del Alcalde está pegada á ésta, y no tiene huerta ni jardín.

MAN. (Mirando el plano.) Dificulto que pueda cambiarse la dirección...

NICOM. En estas cosas, los ingenieros hacen y deshacen; y si usted quiere ladear un poco el camino, el señor Marqués es persona agradecida, y la fineza no caerá en saco roto.

MAN. (Cerrando la cartera de golpe.) Aunque esa línea pudiera ladearse, ya no se ladeará señor don...

NICOM. (Muy fino.) Nicomedes Fríjoles.

MAN. Yo no hago ciertas finezas ni aspiro á esa clase de agradecimientos.

NICOM. Nadie ha tratado de ofender á usted.

MAN. Si se ha tratado ó no, el señor Marqués lo dirá, que es hombre de honor.

MARQ. Usted cumple con su deber y yo respeto la severidad de sus principios. Pero esta casa no se derribará, Dios mediante. Iré á Madrid, donde tengo amigos y parientes, y revolveré cielo y tierra hasta conseguir que se cambie el proyecto. .

MAN. No esta aprobado todavía y celebraré que lo modifiquen.

MARQ. Hoy mismo me marcho. (A don Manuel.) ¿Dónde veré á usted cuando vuelva?

MAN. Vendré aquí si me avisa usted por medio de don Remigio, el Notario del pueblo.

MARQ. Así lo haré. ¡Adiós!

MAN. (Despidiéndose.) Hasta la vuelta. (Vase por el foro.)

MARQ. Dispongamos lo más preciso para el viaje. (Se va por la primera puerta de la derecha.)

NICOM. Yo no no he almorzado todavía. (A don Jacobo.) ¿Usted se queda?

JACOBO. Me quedo. (Vase don Nicomedes por el foro.)

ESCENA XVI

DON JACOBO y MARGARITA

MARG. (Asoma la cabeza, ve á don Jacobo y entra. Tras Margarita viene Rosalía, que se acerca á la puerta del foro: curiosea mirando por ella de un lado para otro y vuelve á escena á su tiempo.) ¡Padrino!

JACOBO. ¿Eh?

MARG. ¿Qué ha pasado?

JACOBO. Nada.

MARG. ¿Y mi tío?

JACOBO. Se marcha á Madrid.

MARG. ¿Y él?...

JACOBO. ¿Quién es él?

MARG. ¡Don Mannel!

JACOBO. ¿Qué te importa don Mauel?

MARG. ¿Luego es cierto lo que me ha dicho Rosalía?

JACOBO. De seguro que no.

ROS. ¡Es el Evangelio, hijita!

JACOBO. ¿Qué te ha dicho esta *buena* señora?

MARG. ¡Que le arrojan de aquí por mi causa! ¡Qué desgraciada soy! (Se deja caer sobre una butaca cubriéndose el rostro con las manos. Don Jacobo se aproxima á ella cariñosamente y le separa las manos del rostro.)

JACOBO. ¡Margarita!... ¿Lloras?... ¡Ah!... vamos. ¡Le ama!... (Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración que en el primero y segundo.

ESCENA PRIMERA

DON REMIGIO ó INDALECIO

IND. ¿No toma usted asiento?

REM. No, gracias.

IND. ¿Conque tampoco ha recibido usted carta del señor?

REM. Tampoco.

IND. Al principio escribió todos los días; pero hace dos que no vemos su letra.

REM. ¡Es extraño, sabiendo el cuidado con que estarán su padre y Margarita!

IND. El señor Duque no cesa de preguntarnos y decir: «¿Qué será de mi hijo? ¿por qué no escribe? ¡Maldito viaje!»

REM. ¿Sabe la causa de haberse marchado el señor Marqués?

IND. Á medias, pues ignora que el ferrocarril debe pasar por el sitio que ocupa esta casa. Semejante noticia le hubiera producido una impresión terrible, y á sus años muy peligrosa.

ESCENA II

DICHOS y DON JACOBO, por el foro.

JACOBO. ¡Hola! ¿Está aquí don Remigio?

REM. Servidor de usted.

IND. Ningún día deja de venir á preguntar por la señorita.

JACOBO. ¿Cómo ha pasado la noche mi ahijada?

IND. Sin pegar los ojos, según dice la doncella. Vino muy temprano á esta habitación; luégo se volvió á su cuarto, estuvo rezando y se ha quedado dormida en el sofá.

JACOBO. No hay que despertarla. El sueño natural y tranquilo es siempre beneficioso, y para ciertas enfermedades un eficáz medicamento, que no se vende en la botica. Procure usted que nadie haga ruido.

IND. Descuíde usted. Esta casa parece un sepulcro vacio. Pues ya que están ustedes juntos, me retiro, si no tienen nada que mandarme.

JACOBO. Yo, nada.

REM. Vaya usted con Dios, Indalecio. (Vase Indalecio.)

JACOBO. Mucho celebro encontrar á usted Necesito hablarle.

REM. Su vecino de usted, don Nicomedes, ha prestado mil pesetas al estanquero sobre la viña del Torbiscal; ayer se otorgó la escritura, y acabo de traer una copia á don Nicomedes, que no veía la hora de recoger su resguardo. Por eso me halla usted aquí, pues los demás días vengo por la tarde.

JACOBO. Hágame usted el favor de sentarse y oirme. (Los dos se sientau.)

REM. Ante todo quisiera que me dijese usted cómo encuentra á Margarita. Su palidéz y su tristeza me tienen con cuidado.

JACOBO. Por ahora no padece otra enfermedad que la melancolía; pero como es tan nerviosa y aún no está repuesta de la enfermedad que tuvo en Madrid, si no se

acude pronto al remedio, pudiéramos tener que sentir. Y este es precisamente el asunto de que voy á tratar con usted. ¿Qué sabe usted de don Manuel?

REM. Ayer volvió de sus excursiones, y permanece en mi casa.

JACOBO. ¿Por qué no viene á ésta?

REM. Estando ausente el Marqués, no era natural...

JACOBO. Pues es preciso que venga y vea á Margarita.

REM ¿Para qué?

JACOBO. Margarita le ama; piensa que don Manuel no volverá más y que el Marqués le arrojó de aquí por culpa de ella. Yo le he dicho que no hay tal cosa, pero no me cree y conviene tranquilizarla. Da mayor crédito á los chismes de doña Rosalía. ¡Maldita bruja!

REM. ¿De qué modo ha podido usted averiguar el amor de Margarita?

JACOBO. Por los síntomas se conocen las enfermedades. Conque, vamos á ver cómo se compone usted para enviarme á ese caballero hoy mismo. Aquí me encontrará y presenciaré la entrevista.

REM. No es fácil que consienta en venir.

JACOBO. Usted se interesa por la salud de mi ahijada casi tanto como yo y hallará medio de traerle. Dígale usted, que soy yo quien le llama.

REM. Así lo haré. Adiós. (Se levantan los dos.)

JACOBO. Vaya usted con Dios. (Vase don Remigio.)

ESCENA III

DON JACOBO

La ausencia del Marqués favorece mi proyecto. ¡La infelíz ha sufrido tanto! La malo es que ese joven no la ama; si la amase hubiera procurado verla. Pero se trata de un hombre atento; y si viene y habla con ella, no podrá menos de mostrarse cortés y afectuoso y quién sabe si llegará á quererla. ¡Celebraría con toda

mi alma el matrimonio de esa parejita! (Se oye rumor de personas que hablan dentro hacia el foro.) ¡Qué ruído tan impertinente! ¡Van á despertar á la pobre niña! (Se acerca á la puerta del foro.) Juraría haber oído la voz del Marqués.... Sí, no hay duda... ¡Diablo, no podía llegar en peor ocasión!... ¡Su regreso desbarata mis planes!

ESCENA IV

JACOBO, el MARQUÉS, ROSALÍA, INDALECIO y NICOMEDES.

El Marqués aparece alegre y vestido de viaje con marcada elegancia. Indalecio trae una maleta nueva y una manta de viaje en las manos y está muy perplejo contemplando estos objetos y al Marqués. Rosalía viene con mautilla y rosario.

MARQ. ¡Hola, Jacobo!

JACOBO. (Abrazando al Marqués.) ¡Chico, vienes hecho un pollo!

ROS. (A don Jacobo y á don Nicomedes, mientras el Marqués entrega el abrigo y los guantes á Indalecio.) ¡Está muy currutaco! Mi primo fué siempre buen mozo; y si yo hubiese querido casarme con él...

NICOM. ¡Ya lo creo!...

JACOBO. (Interrumpiéndole.) ¡Él no hubiera querido casarse con usted!

ROS. ¡Mata sanos! (Intenta abrazar al Marqués y don Jacobo se interpone.) ¿Cómo te ha ido, primo del alma?

MARQ. ¡Muy bien!

JACOBO. ¡Vendrás cansadísimo!

MARQ. No mucho; me parece que tengo veinte años menos después de haber contemplado el Madrid de hoy. (Con entusiasmo.) ¡Oh, no es ni la sombra del que yo conocí!

NICOM. ¡El que nosotros conocimos era mucho mejor!

ROS. ¡Cuenta, cuenta lo que has visto! (Vuelve á intentar

acercarse al Marqués para abrazarle y se interpone Indalecio con el equipaje.)

IND. ¿Me llevo estas cosas?

MARQ. ¡Sí, hombre!

IND. (¡Todo esto es nuevo! ¿Dónde lo colocaré?) (Vase.)

MARQ. ¿Y Margarita?

JACOBO. Reposando.

MARQ. Lo sé: me lo ha dicho Indalecio. Te pregunto por su salud.

JACOBO. Continúa lo mismo.

MARQ. (Con ansiedad.) ¿Qué quiere decir continúa lo mismo?

JACOBO. Que su convalecencia no adelanta: que apenas come, que duerme poquísimo y que está muy abatida.

ROS. (¡Melindres de la niña!)

MARQ. Entonces, ¿de qué nos sirve tener el médico dentro de casa?

NICOM. ¡Eso digo yo! (Se aparta temeroso y Rosalía se regocija.)

JACOBO. Usted no dice más que tonterías. (Al Marqués.) Se trata de una pasión de ánimo, y el alivio de las enfermedades morales no siempre está al alcance de la medicina.

MARQ. ¡Estará al alcance de la pirotecnia!

ROS. ¡Cierto!

JACOBO. ¡El rosario habrá empezado ya!

ROS. ¡Parece que estorbo!

MARQ. No, mujer; pero te suplico que no nos interrumpas.

ROS. Está muy bien y me marcho. ¡Prefiero el trato de mi perrita al de los osos blancos! (Don Nicomedes se ríe mirando á don Jacobo.)

MARQ. ¡No te piques, Rosalía! (Doña Rosalía da un bufido, dirigiéndose á don Jacobo sin hacer caso de su primo y una vuelta muy rápida; pisa y empuja á don Nicomedes que está detrás de ella muy placentero y continúa su camino con precipitación. Vase.)

NICOM. (Cambia de gesto, se queja y al ver que Rosalía no repara en él siquiera, dice:) ¡Usted dispense!

MARQ. (Preocupado.) ¿Cómo te explicas ese retroceso en la convalecencia de Margarita?

JACOBO. Ya lo he dicho, por una pasión de ánimo.

NICOM. ¡Los buenos médicos han desaparecido!

JACOBO. ¡En cambio los buenos usureros se multiplican!

ESCENA V

DICHOS y MARGARITA; después el DUQUE é INDALECIO

MARG. (Aparece por la derecha: el Marqués se levanta al oir su voz; corre á abrazarla y la lleva de la mano hasta sentarla en una butaca.) ¡Tío!...

MARQ. ¡Margarita!... ¿Quién te ha despertado?

MARG. Nadie. Soñaba que había usted venido, y la alegría...

MARQ. Siéntate aquí... ¿Cómo te encuentras?

MARG. ¡Bien!

MARQ. ¡Bien, bien; y no procuras dominar el abatimiento que te consume!... Estás pálida, ojerosa... Es preciso que te alimentes y que te animes... Ya estoy yo aquí y me encargo de cuidarte. (Entra el Duque apoyado en Indalecio.)

DUQUE. ¡Gracias á Dios que nos volvemos á ver!

MARQ. ¡Padre! (Abrazando al Duque. El Marqués quiere sentar al Duque en una butaca y éste se resiste.)

DUQUE. ¡No, no; en mi sillón! (Indalecio aproxima el sillón. El Duque se sienta.)

IND. ¡Aquí está!

DUQUE. ¡Cuánto te he echado de menos, hijo mío!... ¡Creí que te quedabas por allá!... ¿Y díme, has conseguido que no pase por este pueblo el ferro-carril?

MARQ. Traigo seguras promesas de que se logrará mi deseo.

DUQUE. Sí, sí: lejos de nosotros esa maldita serpiente; que yo no escuche el bramido de la locomotora; que no se infeste el purísimo aire que respiramos con el insoportable olor del carbón de piedra! ¡Por librarme de esa calamidad, he llevado con paciencia nuestra separación! ¡Qué días tan tristes he pasado!

MARQ. No he sufrido yo poco. ¡Siempre temiendo por la sa-

lud de usted y la de Margarita! La tardanza de los correos me desesperaba!

JACOBO. ¡Como carecemos de estafeta, y el peatón que trae y lleva la correspondencia tiene que andar tanto!...

NICOM. En mi juventud los peatones caminaban á caballo.

JACOBO. No serían peatones.

MARQ. Cuando se me pasaban tres ó cuatro días sin recibir carta, interrogaba á todo el mundo: y el mozo de la fonda me decía: «Ponga usted un despacho telegráfico.» ¡Vaya un consejo! ¡Qué no hubiera dado yo por poderlo poner!

JACOBO. Es una desgracia que este pueblo no tenga estación telegráfica.

MARQ. ¡Es una vergüenza! (Irritado.) ¡Un abandono criminal por parte del Gobierno! ¡Añádase el no poseer yo ni siquiera una mala fotografía de los dos seres que tanto amo! No me volverá á suceder. ¡En cuanto venga por aquí un fotógrafo, mando retratar á mi padre y á Margarita!

JACOBO. ¡Buen negocio haría el fotógrafo que viniese aquí, no siendo este pueblo camino para ninguna parte! Ahora procura descansar, que bien lo necesitas, y no pienses en nuevas expediciones.

MARQ. ¡Dios me libre de otro viaje! ¡Si yo te contase las insufribles molestias que acabo de pasar! Al principio, pude recorrer algunas leguas en ferrocarril, dentro de un comodísimo coche de primera, dejando atrás el viento; pero después tomé la diligencia y me fué preciso caminar veinticuatro horas mortales embutido en un cajón, por una endiablada carretera, llena de baches. ¡Qué saltos! ¡Qué golpes! ¡Qué traqueteo!... ¡Al fin volcamos!

MARG. ¡Oh!

DUQUE. ¡Un vuelco!

MARG. ¿Se hizo usted mucho daño?

MARQ. El daño mayor que recibí fué la detención; y gracias á la Guardia civil, que nos prestó toda clase de auxi-

lios inmediatamente. Pero ya me encuentro al lado de mi familia, y nada me importa venir aporreado y molido.

JACOBO. Debes lavarte inmediatamente con agua tibia, quitarte esa ropa y tomar algún refresco.

MARQ. No deseo otra cosa. (Levantándose.)

MARG. ¿Quiere usted que yo le prepare una limonada!

MARQ. No, hija mía; prefiero tomar algún alimento después que me acabe de arreglar. Hasta luégo. (Vase.)

DUQUE. ¡Indalecio!

IND. ¡Señor!

DUQUE. Llévame á mi cuarto. (A los demás.) No tengo costumbre de estar en esta habitación más que por la noche. (Vase apoyado en Indalecio.)

ESCENA VI

DON JACOBO, MARGARITA y NICOMEDES. Margarita se levanta, acompaña al Duque hasta la puerta, vuelve y se asoma á la ventana. Don Jacobo se sienta.

JACOBO. (Aparte.) (Parece que el Marqués se va aficionando á los adelantamientos del siglo! ¡Aunque no hubiera vuelto tan pronto, no se perdía nada!)

MARG. (Mirando hacia el campo y aparte.) (¡Allí estaba... luégo entró aquí... y nos vimos por última vez!...

NICOM. Vea usted, don Jacobo, si es verdad que vamos de mal en peor. Cuando abandoné este pueblo la primera vez, fuí en una mula por un camino como la palma de la mano hasta Madrid. Verdad es que tardamos doce días y que nos robaron al pasar un monte, y que me apeé dos ó tres veces por las orejas; pero no dimos ningún vuelco.

JACOBO. (Sin hacer caso á don Nicomedes.) El Marqués necesitó siempre mucho tiempo para asearse y vestirse, y si viniese don Manuel pronto, como espero, pudiera

hablar con Margarita sin que ninguno se enterase. Por si acaso, bueno será alejar á este majadero.

NICOM. ¡Pues no digo nada de los correos! Antiguamente, según cuentan, cuando estos vecinos tenían que comunicarse con los de otra población, mandaban la carta por medio de un propio y no llegó el caso de que se perdiese ninguna misiva. ¡Pero hombre, estoy hablándole á usted y no me escucha!

JACOBO. Pensaba en un asunto más interesante.

NICOM. Eso es otra cosa. ¿Se puede saber?

JACOBO. Sí señor. El estanquero vende su viña del Torbiscal; me ha pedido por ella esta mañana ocho mil reales, y como la finca vale casi el doble, voy á comprársela.

NICOM. (Preocupado.) Esa viña no se puede enagenar sin mi consentimiento. Dí á su propietario cierta cantidad, reservándome el derecho de preferencia, como comprador, si trata de vender la finca.

JACOBO. ¿Ha otorgado el estanquero algún documento que le obligne?

NICOM. Ante escribano y tengo copia de la escritura.

JACOBO. ¿Registrada?

NICOM. Todavía no lo está.

JACOBO. Compro la viña.

NICOM. ¡Eso lo veremos! (Levantándose azorado.) Voy á prevenir á don Remigio, y hoy mismo quedarán cumplidas todas las formalidades. ¡Pues no dice este hombre que es liberal! (Vase presurosamente.)

ESCENA VII

DON JACOBO y MARGARITA; después INDALECIO y DON MANUEL

JACOBO. (¡Já, já!... ¡Va como alma que lleva el diablo!... ¡Buen viaje!) Margarita, ¿qué haces ahí tan retirada?

MARG. ¡Estoy viendo trabajar en la huerta!

JACOBO. ¡Vaya una diversión! Ven acá y siéntate á mi lado. (Margarita se sienta al lado de don Jacobo.)

MARG. En verdad que todavía no he saludado á usted.

JACOBO. Las ceremonias nada significan. Yo sé que me quieres.

MARG. ¡Oh, mucho!

JACOBO. (Tomándola una mano.) ¡Estás fría!

MARG. La falta de ejercicio.

JACOBO. Mañana te voy á llevar á paseo.

MARG. Lléveme usted á la iglesia.

JACOBO. La parroquia es un páramo y pudieras constiparte.

MARG. Me abrigaré bien y nos resguardaremos dentro de una capilla.

JACOBO. No, no. ¿Qué tienes tú que hacer allí?

MARG. Pedir á Dios por mi salud y por las personas que amo.

JACOBO. Para eso no necesitas salir de casa. Dios está en todas partes.

MARG. Confiese usted que no quiere complacerme por no entrar en la iglesia.

JACOBO. Confieso.., que no tengo costumbre de visitarla.

MARG. ¿Entraría usted en la iglesia si dependiera de ello mi felicidad?

JACOBO. ¿Qué no haría yo por tu felicidad?... Pero hablemos de otra cosa; hablemos de don Manuel... Ayer tarde le encontré cerca de la plaza.

MARG. (Con interés.) ¿Está en el pueblo?

JACOBO. Está y no tardará en venir á ver á tu tío.

MARG. ¿De veras?... No es posible: ¡mi tío le arrojó de esta casa!

JACOBO. Te has empeñado en no darme crédito; y hasta que el mismo don Manuel te desengañe... Te aseguro que tu tío le aprecia, y que necesita hablar con él de asuntos relativos al ferrocarril.

MARG. Entonces, ¿por qué no ha venido á verme? (Indalecio aparece en el foro seguido de don Manuel.)

JACOBO. ¡Por delicadeza!

IND. Aquí está don Jacobo. (Á don Manuel; vase.)

JACOBO. ¡Él es! (A Margarita. Se levanta y va al encuentro de don Manuel. Don Jacobo y don Manuel hablan en segundo término de la escena.)

MARG. (¡Ah!)

JACOBO. No cabe mayor exactitud.

MAN. Acabo de saber por don Remigio...

JACOBO. Pase usted adelante. (Interrumpiéndole.) ¿Qué tal la salud? (Dándole la mano.)

MAN. ¡Mi salud es buena!

JACOBO. No sucede lo propio á su amiga de usted Margarita.

MAN. ¿Cómo, Margarita?... (Con vivo interés.)

JACOBO. (Los dejaré solos.) Tengo que dar un recado urgente á Indalecio y voy con el permiso de usted... (Por Margarita.) Está muy abatida, anímela usted. (A don Manuel.)

MAN. ¿Yo?...

JACOBO. (Aparte, yéndose.) (¡Estaré á la vista por lo que pueda ocurrir!) Vuelvo inmediatamente. (Vase.)

ESCENA VIII

MARGARITA y MANUEL

MAN. ¡Margarita!

MARG. ¡Gracias á Dios que le volvemos á ver!

MAN. Ignoraba que estuviese usted enferma.

MARG. Si hubiese usted venido por aquí, no lo ignoraría.

MAN. He llegado de los pueblos inmediatos anteanoche; y además, yo no podía ver á usted durante la ausencia de su tío.

MARG. ¿Por qué no, si vivo en compañía de mi abuelo?

MAN. La primera vez que ví á usted en esta habitación, supuso el señor Marqués, al encontrarme, que había entrado furtivamente para hablar con usted. Las apa-

riencias me condenaban. Fácil me fué desengañar á su tío; pero usted misma le dió á entender que nos conocíamos, y el menor motivo pudiera hacerle sospechar lo que no existe.

MARG. ¡Lo que no existe!... ¡Usted fué solamente un verdadero amigo mío! .. ¡Nada más que un amigo!

MAN. ¡Oh, el primero, el mejor de todos sus amigos! (Con expresión.)

MARG. ¡El único! (Pausa.) ¡Usted nos visitaba en Madrid, y pudo observar mi aislamiento!... Mientras permanecí enferma, la señora con quien vivía no tuvo otro auxilio que el de usted, y durante mi convalecencia usted procuraba hacer que olvidase mi inmensa desdicha.

MAN. Cualquiera hubiese hecho lo mismo que yo.

MARG. Pero usted fué el único. ¡Su alma noble y caritativa se compadeció de mi desgracia!

MAN. Mi alma no obró tan desinteresadamente; la caridad se había convertido en un amor verdadero.

MARG. ¡El amor verdadero no se extingue con la ausencia!

MAN. ¡Ojalá se extinguiese!

MARG. ¿Dónde mayor ventura que amar y ser amado?

MAN. Cuando yo conocí á usted pobre, huérfana y enferma, mi amor no podía ocasionarle ningún pesar, hoy...

MARG. Continúe usted.

MAN. ¡Hoy es usted la heredera de una familia noble y poderosa!

MARG. ¡Ni mi abuelo ni mi tío mandan en mi corazón!

MAN. Pero disponen de su mano: y no consentirán nunca que se case usted con un hombre de humilde cuna.

MARG. Mi padre lo fué.

MAN. Y su casamiento labró la eterna desgracia de su madre de usted.

MARG. Mis padres, en medio de las privaciones, y trabajando para alimentar á su hija, fueron más felices que lo seré yo, si no logro alcanzar otro bien que las riquezas y títulos de mi abuelo. Mi madre vivió di-

chosa hasta la muerte de su esposo, y al abandonarme tuvo el consuelo de reunirse con él.

MAN. ¡Oh, Margarita! Sus palabras de usted alientan mi espíritu y desvanecen los temores que hasta ahora habían enmudecido mis labios. ¿Cómo no amar á una joven tan bella, tan virtuosa y tan desgraciada? Creí que usted no me despreciaría, porque nunca me dió motivo para sospechar la existencia de un rival; llegué á este pueblo, don Remigio me refirió los infortunios de la hija del Duque... Luégo nos vimos, y al averiguar que era usted sobrina del Marqués, juré que no heredaría usted por mi culpa la triste suerte de su madre Pero ya que usted no ambiciona títulos, ni riquezas y que no teme la oposición de su familia, ofrezco á usted la modesta fortuna de un hombre laborioso y leal, que la adora con toda su alma. ¡Sí, Margarita, yo amo á usted y la amaré eternamente! (Cae de rodillas á los piés de Margarita y coge una de sus manos que ella le abandona.)

MARG. (Muy conmovida.) ¡Nunca... Nunca he sido tan dichosa como en este momento! (Entra el Marqués y se detiene cerca de ellos. Don Jacobo aparece poco después en el foro del lado afuera de la puerta)

ESCENA IX

DICHOS, el MARQUÉS y DON JACOBO

MARQ. Señor mío, ¿otra vez aquí? (Á don Manuel, furioso.)

MARG. ¡Ah!

MAN. ¡Caballero!

MARQ. ¡Ya no puede usled volver á engañarme!

MAN. ¡Yo no he engañado á nadie jamás!

MARQ. ¡Salga usted de mi casa!

MARG. ¡Tío!

MAN. La primera vez que usted me vió en ella entré igno-

rando que estuviese aquí Margarita, y ahora he venido llamado por don Jacobo; pero la amo, y si quiere será mi esposa.

MARQ ¡Nunca! ¡He jurado que Margarita no seguirá los pasos de mi hermana!

MAN ¡Repito, señor Marqués, que si Margarita quiere. será mi esposa!

MARQ. ¡No lo será, aun cuando me cueste la vida!

MARG. ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Vacila y cae en una silla. Don Manuel y el Marqués acuden á socorrerla, cada uno por su lado. Don Jacobo entra y se aproxima á don Manuel.)

MARQ. ¡Margarita! ¡Margarita! (Viendo cerca á don Manuel.) ¡Salga usted inmediatamente de mi casa!

JACOBO. (Aparte á don Manuel rápidamente.) ¡Yo la socorreré! ¡Espéreme usted en mi habitación! (Don Manuel queda indeciso, pero un gesto de don Jacobo le decide y se retira á la puerta del foro, donde permanece hasta el final.

JACOBO. (Pulsando á Margarita, que está sin sentido.) ¡Te has lucido!

MARQ. ¿Vive? (Lleno de ansiedad.)

JACOBO. ¡Vive; pero si muere, tú la matas!

NICOM. ¡Aquí está la escritura registrada! (Apareciendo por el foro, dice con entusiasmo á Manuel.)

MAN. ¡Déjeme usted en paz!

NICOM. ¡Mía es la viña! Aquí está la escritura registrada: ¡ay, ustedes dispensen! (Cae el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La propia decoración de los demás actos. Un sofá antiguo: sobre el velador, que estará á la izquierda, un quinqué encendido; la chimenea bien cargada de leña ardiendo.

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS, DON JACOBO y DON NICOMEDES

El Marqués y don Nicomedes aparecen dormidos: aquél en el sofá y éste en una butaca. Don Jacobo escribe sentado junto al velador, luégo se levanta, se aproxima sin hacer ruído á una de las puertas laterales, escucha, se retira, y va hacia la puerta que baja al jardín, y al ver que entra la luz del día apaga el quinqué: todo según indican sus palabras.

JACOBO. Aunque no creo que haga falta este medicamento, bueno es estar prevenidos. ¿Si se habrá despertado Margarita? No; sigue durmiendo... La crisis ha sido violenta; pero pasó, y si no vuelven las convulsiones, nada hay que temer... Debe ser de día... Veamos... ¡Cómo alegra el corazón la luz de la aurora!... Apaguemos el quinqué. (Le apaga, coge la receta, se aproxima á don Nicomedes y le da un golpecito sobre el hombro.)

NICOM. (Despierta sobresaltado.) ¿Eh, qué hay?

JOCOBO. Que ya es de día y que ha dormido usted bastante ¡Buen modo de velar enfermos!

NICOM. (Desperezándose.) No sé cómo he podido dormir, porque esta butaca es un potro. ¡Si me hubieran sacado unos colchones!...

JACOBO. ¿Por qué no se trajo usted su cama?

NICOM. ¡Ay!... ¡No puedo moverme!... ¿De qué serán estos dolores?

JACOBO. De reuma.

NICOM. En mi juventud nadie padecía reuma.

JACOBO. Pues entonces debió usted adquirir ese mal que hoy saca la cabeza.

NICOM. Sin duda. El cuerpo de guardia del cuartel de la Milicia era bastante húmedo.

JACOBO. ¡Qué cuerpo de guardia! ¡la cueva de la tienda!

MARQ. ¡Ah! (Dando un suspiro sin despertar.)

NICOM. Me parece que el Marqués tampoco se encuentra muy cómodo.

JACOBO. Aunque duerme, piensa en la enfermedad de Margarita.

NICOM. Cuando yo me hice cargo de la tienda de ultramarinos, todas las noches soñaba con el balance.

JACOBO. Llevaría usted participación en las ganancias.

NICOM. Por supuesto.

JACOBO. Al hombre le desvela el interés propio más que los cuidados agenos.

NICOM. Yo nunca me apuro por lo que no me importa.

JACOBO. Ya se conoce. Pues en mi cuarto hay un noble corazón, que estará impaciente esperando noticias de nuestra enferma. Prometí llevárselas, y no he podido separarme de aquí.

NICOM. ¿El ingeniero?

JACOBO. El ingeniero.

NICOM. ¿Sabe usted si ese joven está enamorado de Margarita, ó de la fortuna que la niña debe heredar?

JACOBO. Don Manuel conoció á Margarita pobre, y la amaba ignorando quiénes eran sus parientes.

NICOM. El ingeniero me parece un buen partido para cualquier muchacha, porque en los ferrocarriles se hacen grandes negocios, y creo que el Marqués no debía oponerse á esos amores.

JACOBO. Me extraña que piense usted tan cuerdamente, cuando antes...

NICOM. Yo diré á usted. La misma noche que vino á esta casa Margarita, comprendí que me convenía para nuera y le aconsejé á mi hijo la conducta que debía seguir; pero el muy bruto me contestó que estaba comprometido con la hermana del tabernero; una moza alegre, de buenas carnes y mal educada.

JACOBO. Dios los cría y ellos se juntan. (El Marqués se mueve como para cambiar de postura.)

NICOM. Creo que el Marqués se despierta.

JACOBO. Don Nicomedes, ¿quiere usted hacerme un favor?

NICOM. Diga usted.

JACOBO. Desearía, pues no me fío de los criados, que fuera usted á la botica por el medicamento que pido en esta receta y que de camino me trajese usted dos ó tres libras de hielo bien limpio.

NICOM. Voy en seguida. ¿Dónde puse yo mi sombrero? ¡Ah, ya le encontré! (Vase. El Marqués procura incorporarse luchando con el sueño.)

ESCENA II

EL MARQUÉS y JACOBO

JACOBO. Pues señor, la ocasión es favorable y hay que dar la batalla.) (Se acerca al Marqués.) ¡Vamos, hombre, acaba de despertarte!

MARQ. ¿Qué pasa? ¿Está peor Margarita?

JACOBO. No Te llamo porque ya es de día.

MARQ. Me rindió el sueño á pesar mío. ¡Ya se ve, como no había dormido durante el viaje!...

JACOBO. Afortunadamente no has hecho falta ninguna. Margarita sigue reposando en la butaca, como la dejaste.

MARQ. ¿No estaría mejor en la cama?

JACOBO. No, por el ahogo que le sobrevino después de las convulsiones. (El Marqués se aproxima á la puerta y escucha.)

MARQ. La respiración es tranquila..

JACOBO. Ahora está bien. Ya veremos cuando despierte...

MARQ. ¿Temes que entonces?...

JACOBO. El recuerdo de lo pasado... pudiera... Y como el asunto no tiene compostura...

MARQ. ¿Qué asunto?

JACOBO. El motivo que produjo la enfermedad. Y apropósito: puesto que Margarita descansa, hazme el favor de no apartarte de aquí mientras yo voy á dar cuenta de su estado á don Manuel, que espera en mi habitación.

MARQ. ¿Cómo, tú amparas á ese joven?

JACOBO. Sufre... y le compadezco.

MARQ. Sólo falta que protejas sus amores.

JACOBO. Si pudiese, lo haria.

MARQ. Lo creo. Eres enemigo de la aristocracia y te complace que traten de degradarla.

JACOBO. ¡Qué vulgaridad! La aristocracia de la sangre se degrada únicamente cuando no acredita su valor con altos y nuevos merecimientos, asi como la aristocracia del dinero acaba cuando acaba su última peseta. Ambas me tienen sin cuidado, pero hay otra que venero y admiro; la aristocracia del saber y de la virtud.

MARQ. ¿Quién no aprecia á los sabios y virtuosos?

JACOBO. Tú. Don Manuel, por su talento y caballerosidad, puede honrar los tímbres de esta casa.

MARQ. Yo no necesito que nadie me honre.

JACOBO. Lo sé: y también que si rechazas al ingeniero, no es por la humildad de su cuna.

MARQ. ¿Qué quieres decir?

JACOBO. Quiero decir, que nada te importaría la condición de ese joven si no vieses en él un rival.

MARQ. ¡Un rival!

JACOBO. Un rival, lo repito.

MARQ. ¡Jacobo! (Irritado)

JACOBO. ¡Amas á Margarita!

MARQ. ¡Como un padre!¡

JACOBO. No: como un galán. Atrévete á negarlo.

MARQ. Pues bien, no lo niego y pretendo que sea mi esposa.

JACOBO. ¿Has perdido el juicio? ¿Qué dirías de mí si deseara casarme con una niña de veinte años, habiendo cumplido sesenta como tú? ¿Amas á Margarita y deseas hacerla desgraciada?

MARQ. ¿Por qué había de serlo?

JACOBO. Porque su corazón pertenece á otro hombre, y porque ni tú ni yo estamos en edad de merecer el amor de una muchacha.

MARQ. ¡Ah!... ¡Cómo te gozas en atormentarme!

JACOBO. Soy tu amigo y cumplo mi deber diciendo la verdad. Somos unos petates.

MARQ. (Abatido.) Sí, sí... ¿Pero qué será de mí, en este destierro cuando muera mi padre, que está al borde del sepulcro?... No tengo hijos ni parientes que me amen...

JACOBO. Tu padre y tú os encerrásteis en esta cárcel voluntariamente, y no es justo que os acompañe en ella tu sobrina contra su voluntad.

MARQ. Yo no podré vivir separado de Margarita: es mi alegría, mi consuelo, el único bien que el cielo me ha concedido.

JACOBO. Para que siga á tu lado es preciso que pierda toda esperanza de pertenecer al hombre que ama, y si la pierde, no tardará en abandonar este mundo.

MARQ. ¡Calla, no digas eso!

JACOBO. ¿Olvidas que perdió el sentido al oirte jurar que nunca sería la esposa de don Manuel? ¿Ignoras que se halla gravemente enferma?

MARQ. ¡Oh!... Pero tú la salvarás... tú me salvaste á mí cuando estuve á las puertas de la muerte...

JACOBO. Haré por salvarla, cuanto pueda.

MARQ. (Con miramiento.) ¿Convendría llamar á otros médicos y tener una junta? No lo digo porque dude de tu ciencia, no, no; pero en estos casos... Siempre tranquiliza...

JACOBO. ¿Dónde están esos médicos? En el pueblo no hay otro facultativo que yo, y gracias.

MARQ. Recurramos á la capital; á Madrid.

JACOBO. Aun escribiendo hoy, no sería posible lograr que llegasen aquí los médicos hasta dentro de cinco ó seis días, y lo que la naturaleza ó yo no consigamos antes de ese término, nadie lo alcanzará, porque será tarde después. ¡Si las comunicaciones fuesen más rápidas!

MARQ. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Y soy yo quien procuraba que no pasase el ferrocarril por este pueblo?... ¿Yo quien se ufana de haber conseguido que se suspendan los trabajos?... ¡Alégrate, imbécil!... ¡Sufre las consecuencias de tu imprevisión, egoísta!... Has logrado conservar los ruinosos muros de este edificio, y no puedes salvar la vida de ese ángel. ¡El cielo me castiga! (Se deja caer en el sofá lleno de angustia.)

JACOBO. No hay que desesperarse: el peligro pasará, y en último caso nos queda un remedio segurísimo.

MARQ. (Levantándose rápidamente.) ¿De veras?

JACOBO. Sí; pero sin tu ayuda no podrá utilizarse.

MARQ. ¿Qué remedio es ese?

JACOBO. (Después de una pausa.) ¡Don Manuel!

MARQ. (Con tristeza.) ¡Ah! ¡Don Manuel!

JACOBO. Siento afligirte; ¡pero las circunstancias son tan apremiantes!...

MARQ. ¡Don Manuel!... Es verdad... ¿Y qué importa? Sálvese Margarita y muera yo que para nada sirvo.

JACOBO. ¡Abrázame!

MARQ. Ella es joven y no ha gozado de la vida... yo soy viejo... y pronto dejaré de sufrir...

JACOBO. La satisfacción de haber salvado á Margarita alegrará tus días.

MARQ. Pero mi padre no consentirá; ¡ya sabes que dejó morir á Magdalena!

JACOBO. Aquella desgracia ha debido servirle de escarmiento. Háblale tú.

MARQ. Será inútil, porque se trata del nieto de un servidor suyo.

JACOBO. El Duque sirvió también á... Carlos cuarto y á Fernando séptimo. Todos somos sirvientes de alguien en la tierra, y somos hasta esclavos: el hombre de bien lo es de su obligación, el vicioso de sus pasiones. Habla á tu padre; si consigues convencerle, te deberá Margarita la vida y la felicidad.

MARQ. Voy, voy. (Vase.)

ESCENA III

DON JACOBO; después DON NICOMEDES

JACOBO. ¡Qué alma tan hermosa!... He sido muy cruel, ponderándole el mal estado de Margarita. Por fortuna, si no se repite el accidente, como espero, está fuera de peligro. Con todo, mientras no desaparezca la causa... (Se acerca á la puerta por donde se fué el Marqués y observa.) El Marqués entra en la habitación de su padre. (Don Nicomedes entra tiritando y trae un envoltorio en la mano.)

NICOM. ¡Berr!... ¡Qué frío! Este hielo, á pesar del paño que le cubre, me entumece los dedos... ¡Don Jacobo, don Jacobo!...

JACOBO. ¿Eh?

NICOM. La medicina no estará confeccionada hasta dentro de media hora; pero aquí traigo el hielo. (Pasa el paño en que lo trae, de una á otra mano constantemente.)

JACOBO. (Para sí y distraído mirando por la puerta.) Me parece que riñen... ¡Oh! por lo visto el Duque no se da á partido; y como su hijo le respeta tanto y nunca tiene valor para contradecirle, nada conseguirá.

NICOM. Don Jacobo, ¿dónde pongo este bulto?

JACOBO. (Sin volver la cara.) En cualquier parte. (Don Nicomedes coloca el paño sobre la cornisa de la chimenea y se sienta cerca del fuego, aproximándose cuanto puede para calentarse.)

NICOM. ¡Gracias á Dios que voy á calentarme!

JACOBO. (¡Si yo me atreviese á terciar en esa disputa! ¡Pero el Duque no me haría caso! ¡He perdido su estimación desde que reñí con el cura!)

NICOM. ¡Vaya un frío que siento en la cabeza!

JACOBO. (Para desbaratar las preocupaciones de ese viejo petrificado, sería preciso una grande influencia.)

NICOM. ¡Caramba! (Separándose de la chimenea.) ¡Pues si es el hielo que se derrite y me cae gota á gota sobre la nuca!

JACOBO. (¡Ah, qué idea! ¡El párroco! Lo que no consiga su confesor...) Don Nicomedes, ¿sabe usted dónde está el cura?

NICOM. (Levantándose asustado.) ¿Cómo, hay que administrar á la enferma?

JACOBO. No señor; pero necesito ver al cura.

NICOM. Eso es otra cosa. Pues cuando yo venía hacia acá, le encontré y entraba en la parroquia. (Vuelve á sentarse.)

JACOBO. (¡En la parroquia!... ¿Es decir, que además de entrar en la iglesia, tengo que hablar al cura y reconciliarme con él para que venga á convencer al Duque?.. ¡Imposible!... Sin embargo, yo prometí á Margarita que iría á la iglesia si de ello dependía su felicidad... (Después de una breve pausa y con resolución.) ¡Iré, Dios lo ha querido y la caridad me lo ordena!)

NICOM. Don Jacobo, el hielo se derrite.

JACOBO. Que se derrita.

NICOM. ¿Pero no hace falta?

JACOBO. Ninguna. Voy á ver al señor cura; si Margarita despierta, llame usted inmediatamente al Marqués, y no olvide usted que estoy en la parroquia.

NICOM. Vuelva usted pronto.

JACOBO. (¡Dios lo quiere!) (Coge el sombrero y vase.)

ESCENA IV

DON NICOMEDES, á poco INDALECIO

NICOM. (Cogiendo el envoltorio que arroja por la ventana.) ¡Vaya una ocurrencia mandarle á uno por hielo en este tiempo no haciendo falta! ¡Qué cosas tiene el tal don Jacobo!... ¿Pues no va ahora á la iglesia en busca del cura?... ¿Si le habrá tocado Dios en el corazón y querrá confesarse? Más vale tarde que nunca. (Pausa.) Así se arrepintiese mi hijo Aniceto, á quien no he visto desde ayer mañana.

IND. ¿Se ha quedado usted solo? (Entrando.)

NICOM. Solito, y maldita la gracia que me hace.

IND. Pues aquí estoy yo, si hago falta.

NICOM. Mientras no despierte Margarita... Si despierta, habrá que avisar al señor Marqués y á don Jacobo que está dándose golpes de pecho en la parroquia.

IND. ¿Habla usted con formalidad?

NICOM. Con toda formalidad. ¿Sabe usted de mi hijo?

IND. ¡Ahí le traen entre dos!

NICOM. ¿Viene herido? (Levantándose.)

IND. Nada de eso. Viene... así... vamos, lo que se llama hecho una uva.

NICOM. ¡Ah, bribón! ¿Qué pensarán de mí los vecinos del pueblo? ¡Hijo desnaturalizado! ¡Oh, yo te diré cuántas son cinco! (Se dirige á la puerta del foro.)

IND. Lo que es ahora... parece un leño.

NICOM. ¡Yo le haré volver con un garrote! (Se oye una campanilla dentro de la habitación de la derecha y aparece don Manuel en la puerta del foro.)

IND. La señorita ha despertado.

NICOM. Llame usted al Marqués, yo voy á mi habitación. (Vase. Indalecio se dirige hacia la puerta por dande salió el Marqués.)

ESCENA V

INDALECIO, DON MANUEL y luégo MARGARITA

MAN. ¿Indalecio? (Entrando.)

IND. ¿Quién llama?

MAN. Indalecio, mi buen Indalecio, ¿quiere usted decirme como está... la señorita?

IND. No lo sé. Ahora mismo se ha despertado.

MAN. Si me hiciese usted el favor de averiguar cómo se encuentra...

IND. Pregúnteselo usted á don Jacobo.

MAN. ¿Dónde está don Jacobo?

IND. Dicen que en la Iglesia, pero no lo creo.

MAN. Entonces...

IND. Pronto volverá.

MAN. Le esperaré.

IND. El señor Marqués tiene ordenado que no se le permita á usted la entrada en esta casa y ruego á usted que se retire.

MAN. No me iré sin averiguar el estado de Margarita.

IND. ¿Quiere usted obligarme á que llame al señor Marqués?

MAN. Haga usted lo que le parezca. (Aparece Margarita á la puerta de la habitación, da algunos pasos con dificultad, y se para apoyándose en el respaldo de un sillón.)

MARG. (Con dulzura.) Indalecio, déjénos usted solos.

IND. Si usted lo desea, bien está. (¡Pobrecita!) (Vase.)

ESCENA VI

DON MANUEL y MARGARITA

MAN. ¡Margarita! ¿Por qué sale usted de su cuarto?

MARG. Estoy fuerte. Necesitaba hablar á usted por última vez.

MAN. ¿Por última vez?

MARG. Sí. Prometa usted no odiarme á pesar de lo que voy á decirle.

MAN. Yo amaré á usted eternamente aun cuando me olvide.

MARG. No quiere el destino que sea yo su esposa de usted, y no lo seré de ningún otro.

MAN. Margarita, si los dos nos amamos, ¿por qué renunciar á la dicha de vernos unidos?

MARG. Mi madre lo exige; mi santa madre que durante el sueño reparador que acabo de disfrutar, me ha consolado con sus caricias, y ha infundido valor en mi espíritu con sus palabras.

MAN. (Asustado.) Por Dios, Margarita; vuelva usted á su cuarto; esa exaltación puede perjudicarle. Voy á buscar á don Jacobo...

MARG. No, no; estoy tranquila. ¿Cree usted que deliro porque doy crédito á un sueño? No deliro; ya sé que los sueños son quimeras; pero á veces soñando discurre el alma con más libertad. (Pausa.) Los hijos no se rebelan impunemente contra la voluntad de sus padres; mi madre se rebeló, y dejó de existir sin alcanzar el perdón de mi abuelo. La fatalidad nos persigue exigiendo como precio de mi ventura que desobedezca á mi familia, y que perpetúe el implacable anatema, y es preciso vencer á la fatalidad. Respetaré la oposición de mis parientes, correspondiendo á la hospitalidad que aquí he recibido: sacrificaré mi felicidad á la memoria de mi madre; y usted, sin ninguna obligación, me pagará con igual sacrificio el amor que le profeso.

MAN. ¡Oh, Margarita, es usted un ángel de virtud! ¡Suya es mi voluntad, y si lo manda, me alejaré de su lado para siempre!

ESCENA VII

DICHOS y el MARQUÉS; luégo DON JACOBO

MARQ. (Aparece por donde se fué y oye las últimas palabras de don Manuel, adelantándose tranquilamente.) Señor don Manuel, ayer ofendí á usted sin motivo olvidando las consideraciones que se merece. ¿Quiere usted perdonarme y estrechar mi mano en testimonio de amistad mútua y verdadera? (Le ofrece la mano; Don Manuel, después de una breve pausa, se adelanta y la toma.)

MAN. ¡Oh, sí! Pero no comprendo... (Aparece don Jacobo por donde entró el Marqués y se queda parado.)

MARQ Vengo de suplicar á mi padre que otorgue á usted la mano de Margarita.

MAN. ¿Será posible?

MARG. (Con resignación.) No habrá consentido.

MARQ. (Con pena.) No, desgraciadamente.

MARG. (Se deja caer con lentitud en el sillón donde se apoya.) ¡Es justo! ¡Yo no merezco lo que no mereció mi madre!

MARQ. (A don Manuel.) Seguro de que usted haría la felicidad de Margarita, he procurado con todo empeño convencer á mi padre, aun cuando el día que nos abandone mi sobrina perderé el consuelo que me resta en este mundo; pero nada he conseguido.

MAN. Señor Marqués, nunca olvidaré la nobleza de su corazón.

MARQ. (¡Yo no debo consentir esta injusticia!)

MAN. Margarita, dejo á usted mi alma... (Se dirige al foro y don Jacobo le sale al encuentro.)

JACOBO. (Saliendo del cuarto del Duque.) ¿Dónde va usted? Aún nos queda alguna esperanza. ¡El Duque está hablando del asunto con el padre José!

MARQ. ¿Con nuestro párroco? ¡Es singular, nada sabe de lo que pasa!

JACOBO. Nada sabía; pero yo le he enterado de todo.

MARG. (Levantándose.) ¿Fué usted á buscarle?

JACOBO. (Después de una pausa.) Sí.

MARG. ¿Á la iglesia?

JACOBO. ¡A la iglesia! ¡Qué remedio; no estaba en su casa!

MARG. ¡Gracias, padrino mío!

MARQ. Mal te recibiría el señor cura después de aquel disgusto...

JACOBO. (Deteniendo á Manuel.) Al principio no quiso oirme, más luégo... ¡Es buen sacerdote y... el Duque, arrepentido de la crueldad con que trató á Magdalena, consiente en vuestra unión. ¡Sed felices, hijos míos!

MARG. ¡Tío de mi vida! Este pueblo será nuestro cuartel general; yo viviré aquí, y como tendremos ferrocarril, Manuel vendrá á verme siempre que pueda.

MARQ. ¡Bendiga Dios el futuro ferrocarril de este pueblo!

MARG. ¡Yo también le bendigo, porque ha sido el origen de mi felicidad.

FIN DE LA COMEDIA

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.